Heraldos del Evangelio

N.° 280 - Noviembre 2026



Sacralidad y sublimidad

Hijo amado de la Iglesia y su intérprete

Hay que ser muy ignorante para negar, incluso desde un punto de vista meramente práctico, el poder del arte. Fue el auxiliar más seguro de la mística y de la liturgia durante la Edad Media; fue el hijo amado de la Iglesia, su intérprete, aquel a quien ella encomendaba expresar sus pensamientos y exponerlos a las masas en libros, en pórticos de catedrales, en retablos.

Era el que comentaba los Evangelios y enardecía a las multitudes; el que las arrastraba, riendo en gozosas oraciones a los pies de los belenes, o bien las sacudía con sollozos ante los grupos llorosos de los calvarios; el que las hacía arrodillarse, trémulas, cuando, en maravillosas pascuas, Jesús resucitado sonreía, apoyado en su azada, a María Magdalena, o bien las levantaba, jadeantes, clamando de alegría, cuando, en extraordinarias ascensiones, Cristo, subiendo a un Cielo de oro, alzaba su mano traspasada, de la que manaban rubíes, para bendecirlas.

¡Qué lejos queda todo eso! ¡Ay, en qué estado de abandono y de anemia se encuentra la Iglesia, desde que se desinteresó del arte y el arte se apartó de ella! Ha perdido su mejor medio de propaganda, su más seguro instrumento de defensa. Parecería, pues, que ahora que se ve asediada y hace agua por todas partes, debería suplicar al Señor que le envíe artistas cuyas obras ciertamente conseguirían más conversiones y le atraerían más partidarios que esas vanas cantinelas que sus sacerdotes […] vierten sobre las cabezas resignadas de los fieles desde lo alto de los púlpitos.

HUYSMANS, Joris-Karl. *L'oblat*. Paris: P.-V. Stock, 1903, pp. 349-350.



Leandro Souza

Ceremonia en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

Sumario

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XXIV, nº 280, Noviembre 2026

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Carrera 67 # 173A - 25
Bogotá D.C
Tel 57 314 2686906

revista@heraldosdelevangelio.com.co

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

→ PREGUNTAN LOS LECTORES 4

→ EDITORIAL
Ala del espíritu humano 5

→ LA VOZ DE LOS PAPAS
«Via pulchritudinis», camino hacia Dios 6

→ LA LITURGIA DOMINICAL
El boceto y la obra de arte 8
El aceite de la caridad 9
La gratitud y la rebeldía 10
«Mi Reino no es de este mundo»... todavía ... 11
Alerta permanente: ¡velad! 12

→ EJEMPLOS QUE ARRASTRAN
Conquistando Inglaterra con canto y encanto 13

→ TESOROS DE MONS. JOÃO
La mejor limosna para la humanidad 14

→ TEMA DEL MES – BELLEZA Y SACRALIDAD
Timón de la historia 18
Sublimidad – Trascendiendo, hacia lo Absoluto 22

→ ANALIZANDO LOS HECHOS
Construyendo para la eternidad 24

→ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?
La vocación del arte sacro 27

→ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS
Belleza útil y necesaria 28

→ ESPLENDORES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA
Obras de Claude Lorrain – Poesías en pintura 32

→ SANTO TOMÁS ENSEÑA
Dios es «pulcrífico» 35

→ VIDAS DE SANTOS
San Saturnino de Toulouse – ¿Quién será recordado? 36

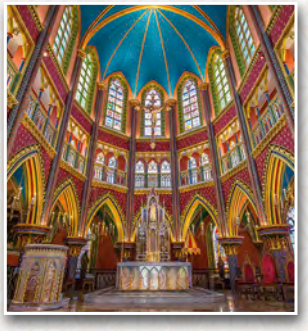
→ DOÑA LUCILIA – LUCES DE UNA MATERNAL INTERCESIÓN
Ella siempre está a nuestro lado 38

→ ¿SABÍAS... 41

→ HERALDOS EN EL MUNDO 42

→ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA
Visita a las siete iglesias de Roma – Peregrinando por las basílicas romanas 46

→ TENDENCIAS Y MENTALIDADES
La riqueza de los pobres 50



Leandro Souza

14 La limosna de lo bello



Mrspokito (CC by-sa 3.0)

24 Luz que perdura tras el ocaso



Winniepix (CC by 2.0)

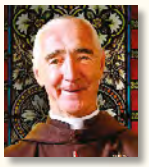
27 ¿Debe el arte adecuarse a la fe?



Caba2011 (CC by-sa 4.0)

50 Una lección del Poverello

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



P. Ricardo José Basso, EP

¿Puede haber personas arrepentidas en el Infierno?

Antonio Borda (vía correo electrónico)

¡Cuántos obstáculos hay que superar para responder a esta pregunta tan breve!… Sólo con pronunciar la palabra *infierno*, surgen en la mente mil objeciones, sentimientos y barreras psicológicas: «Infierno… ¿existirá de verdad?». O bien: «Jesús habla realmente del infierno eterno (cf. Mt 25, 41; Mc 9, 43-48); pero ¿va gente allí?». Y la duda más común: «¿Cómo puede un Dios tan bueno crear un castigo tan cruel y… eterno?».

Nuestra gran ventaja para responder a esta cuestión es que la Santa Iglesia Católica no nació ayer. Ornada de una juventud de dos mil años, cuenta con una vasta experiencia, y la gran mayoría de los problemas que hoy se plantean ya fueron abordados en el pasado, respondidos por grandes doctores de la Iglesia y definidos por el magisterio eclesiástico.

El *Catecismo* resume así este tema: «La enseñanza de la Iglesia afirma la existencia del Infierno y su eternidad. Las almas de los que mueren en estado de pecado mortal descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte y allí sufren las penas del Infierno, "el fuego eterno"» (CCE 1035). ¡Claridad cristalina!

¡Sí, el Infierno existe! Es eterno y no está vacío: allí se encuentra al menos una gran cantidad de demonios (cf. 2 Pe 2, 4)…

Al leer tal afirmación, el hombre moderno, acostumbrado a verlo todo desde la perspectiva de la contestación y la rebelión, se levanta de inmediato: «¡No puedo creer que Dios haya hecho eso!». ¡Como si fuéramos más misericordiosos que el propio Padre celestial!

Antiguamente, la humanidad aceptaba la doctrina de que los hombres malos van al Infierno; hoy en día, si existe el Infierno, es porque, en el fondo, el malo es Dios… ¡Menuda inversión de valores!

Cabe considerar que «no hay límites a la misericordia de Dios, pero quien se niega deliberadamente a acoger la misericordia de Dios mediante el arrepentimiento rechaza el perdón de sus pecados y la salvación ofrecida por el Espíritu Santo. Semejante endurecimiento puede conducir a la condenación final y a la perdición eterna» (CCE 1864).

Sí, ir al Infierno es culpa nuestra… ¡no de Dios!

Además, el *Catecismo* continúa explicando: «El pecado mortal es una posibilidad radical de la libertad humana como lo es también el amor. Entraña la pérdida de la caridad y la privación de la gracia santificante, es decir, del estado de gracia. Si no es rescatado por el arrepentimiento y el perdón de Dios, causa la exclusión del Reino de Cristo y la muerte eterna del Infierno; de modo que nuestra libertad tiene poder de hacer elecciones para siempre, sin retorno» (CCE 1861).

El problema es que hoy en día todo tiende a ser desechable, y el hombre moderno quiere ponerle fecha de caducidad incluso a la condenación eterna…

Pero, en definitiva, ¿puede haber o no personas arrepentidas en el Infierno?

El único arrepentimiento capaz de salvar a alguien del Infierno es aquel que nace del reconocimiento contrito de haber ofendido a Dios, con el propósito de cambiar de vida y una apertura confiada a la misericordia divina. Ahora bien, ¡eso no existe en el Infierno! Puede haber un remordimiento rebelde, inconforme y endurecido, pero sin deseo de perdón.

El *Catecismo* recoge las palabras de San Juan Damasceno: «No hay arrepentimiento para ellos [los ángeles] después de la caída, como no hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte» (CCE 393).

¿Sabe usted, Antonio, por qué? Porque el Infierno y el Cielo, de alguna manera, ya comienzan en esta tierra. Quien se acostumbra a ofender a Dios durante su vida se va endureciendo cada vez más en el mal, hasta el punto de despreciar el perdón aquí e incluso después de la muerte, si se le ofreciera. Es el «misterio de la iniquidad» (2 Tes 2, 7).

¡Que la Santísima Virgen María, Puerta del Cielo, nos obtenga la gracia de vivir santamente, manteniendo siempre el estado de gracia en nuestras almas y pidiendo perdón cuando lo necesitemos!



Ala del espíritu humano

Existen misteriosas y admirables relaciones entre determinados colores, formas, sonidos, perfumes y sabores, por una parte, y ciertos estados de alma, por otra.

Una persona, por ejemplo, que permanezca encerrada en una habitación con exceso de tonos rojizos experimenta cierta agitación anímica. Aspirar el perfume del incienso o inhalar el olor de gases tóxicos acaba afectando no sólo a los pulmones, sino también a la propia mentalidad. Los ruidos frenéticos de las megalópolis contrastan diametralmente con el apaciguador silencio de los claustros.

El principio de que los elementos físicos influyen en el espíritu —base de lo que llamamos *marketing*— nos lleva a dos posturas: la defensiva, que pretende no dejarse manipular; y la ofensiva, que se centra en aprovechar esa realidad para la búsqueda, tanto individual como colectiva, de la santidad.

En efecto, como verá el lector en las páginas siguientes, es posible utilizar formas, colores, fragancias, etc., para crear ambientes que allanen el camino del amor a Dios. Ésa es, por cierto, la más elevada y fundamental misión de la sociedad temporal: organizar la tierra de tal manera que sea un reflejo de la Patria celestial. Tal visión quizá choque con una concepción materialista de la realidad. Pero preguntarse si el orden temporal tiene algún papel en la senda hacia la eternidad equivale a indagar si toda la obra que Dios hizo en seis días interesa a la salvación…

Santo Tomás de Aquino (cf. *Suma Teológica*, I, q. 2, a. 3), consciente de que, efectivamente, la creación material debe pavimentar el camino que conduce al Reino de los Cielos, trazó esa calzada al describir la cuarta vía para probar la existencia de Dios. Cuando afirmamos que algo es más bello o menos bello, establecemos una gradación de bellezas. Ahora bien, esta escala sólo se establece en función de un máximo, de una Belleza Suprema que sirva de parámetro y sea la causa de todo lo bello. Por lo tanto, toda la jerarquía de bellezas conforma, por así decirlo, una escalera que conduce a lo Bello por esencia: Dios mismo.

Pues bien, si la Iglesia se presenta como el camino de salvación —porque así la constituyó Aquel que es el Salvador y el Camino (cf. Jn 14, 6)—, corresponde, sin embargo, al orden secular empedrar esa calzada que culmina en el Altísimo. La Iglesia es la escalera de Jacob que conduce al trono del Señor (cf. Gén 28, 12). La sociedad temporal es, a su vez, su pasamanos; un pasamanos dorado, noble y fuerte, que no sólo debe prevenir la caída, sino también atraer a los peregrinos a subir.

En los peldaños más altos de esa escalera de bellezas encontramos la sublimidad, ese último nivel de *pulchrum* que ya roza a Dios. Y cuando tiene una función sagrada o nos habla muy explícitamente del Creador, lo sublime se refina en lo sacral, la punta más fina de la sublimidad. Corresponde, pues, a la sociedad temporal hacer visible la Belleza invisible a través de lo sublime y de la sacralidad.

Dios confió al hombre la tarea de completar la obra de la creación, y un medio privilegiado para ello consiste en hacer que la cuarta vía de Santo Tomás sea cada vez más «transitable». Es nuestra misión volver a pavimentarla, a incrustar de nuevo en esa escalera del Paraíso el pasamanos dorado.

Si en nuestros tiempos se vuelve más y más difícil convencer por la vía de la verdad —tan vilipendiada—, si resulta tan desafiante mover mediante el bien —tan relativizado—, es necesario impulsar al hombre hacia el Altísimo a través de la belleza, el ala indefectible del espíritu humano.



Sainte-Chapelle, París

Foto: Diego Delso (CC by-sa 4.0)

«Via pulchritudinis», camino hacia Dios

Tan cercana a Dios y tan accesible a los hombres, la belleza ha sido siempre un vínculo entre la tierra y el Cielo, el tiempo y la eternidad.

Más allá de lo que perciben los sentidos

La belleza es en un cierto sentido la expresión visible del bien, así como el bien es la condición metafísica de la belleza. Lo habían comprendido acertadamente los griegos que, uniendo los dos conceptos, acuñaron una palabra que comprende a ambos: *kalokagathia*, es decir, belleza-bondad. A este respecto escribe Platón: «La potencia del Bien se ha refugiado en la naturaleza de lo Bello» (*Filebo*, 65 A). […]

La auténtica intuición artística va más allá de lo que perciben los sentidos y, penetrando la realidad, intenta interpretar su misterio escondido. Dicha intuición brota de lo más íntimo del alma humana, allí donde la aspiración a dar sentido a la propia vida se ve acompañada por la percepción fugaz de la belleza y de la unidad misteriosa de las cosas.

San Juan Pablo II.
Carta a los artistas, 4/4/1999.

Reflejo de la infinita belleza de Dios

El hombre y todas sus acciones deben manifestar, en alabanza y gloria del Creador, la infinita perfección de Dios e imitarla cuanto posible sea. Por eso, el hombre, destinado por su naturaleza a alcanzar este fin supremo, debe en sus obras conformarse al divino arquetipo y orientar en tal dirección todas sus facultades de alma y cuerpo, ordenándolas rectamente entre sí y sujetándolas debidamente a la consecución del fin.

Por lo tanto, también el arte y las obras artísticas deben juzgarse por su conformidad al último fin del hombre; y el arte ciertamente debe contarse entre las manifestaciones más nobles del ingenio humano, pues tiende a expresar con obras humanas la infinita belleza de Dios, de la que es como un reflejo.

Pío XII. *Musicæ sacræ disciplina*, 25/12/1955.

Participación en el poder creador de Dios

Dios ha llamado al hombre a la existencia, transmitiéndole la tarea de ser artífice. En la «creación artística» el hombre se revela más que nunca «imagen de Dios» y lleva a cabo esta tarea ante todo plasmando la estupenda «materia» de la propia humanidad y, después, ejerciendo un dominio creativo sobre el universo que le rodea. El Artista divino, con admirable condescendencia, trasmite al artista humano un destello de su sabiduría trascendente, llamándolo a compartir su potencia creadora.

San Juan Pablo II.
Carta a los artistas, 4/4/1999.

Arte sacro: fundamento de todo arte

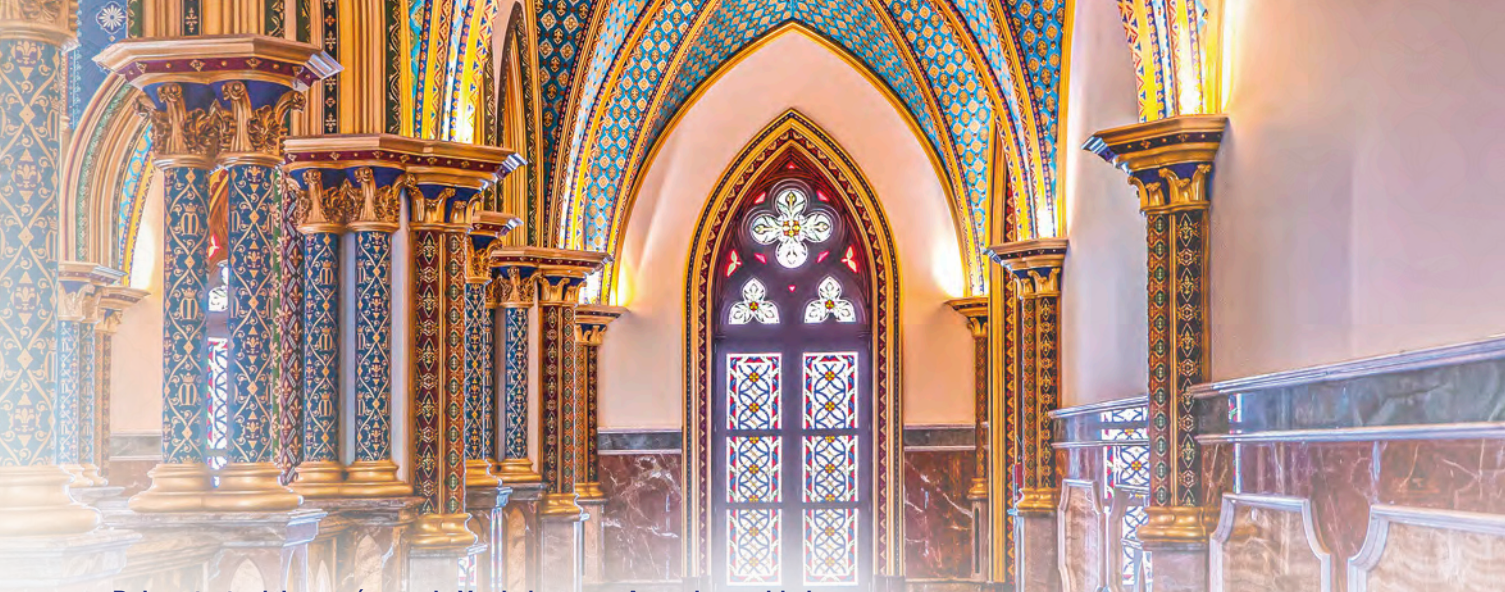
Las artes, al tender hacia Dios, modelo eterno de toda belleza, del que proceden las especies y formas singulares que hay en la naturaleza de las cosas, se apartan con más facilidad de lo vulgar y expresan con mucha más fuerza la realidad concebida por la mente, en la que consiste la vida del arte. Apenas puede decirse cuánto bien ha hecho el arte puesto al servicio de la religión, al ofrecer a Dios cuanto hay de más digno por su riqueza y variedad, belleza y elegancia de formas. He aquí el origen del arte sacro, sobre el que se ha fundamentado y todavía se fundamenta todo arte profano.

San Pío X.
Iucunda sane, 12/3/1904.

Alimento para la fe, decoro de la liturgia

El arte posee esa capacidad peculiar de reflejar uno u otro aspecto del mensaje, traduciéndolo en colores, formas o sonidos que ayudan a la intuición de quien contempla o escucha. Todo esto, sin privar al mensaje mismo de su valor trascendente y de su halo de misterio. […] ¡Cuántas piezas sacras han compuesto a lo largo de los siglos personas profundamente imbuidas del sentido del misterio! Innumerables creyentes han alimentado su fe con las melodías surgidas del corazón de otros creyentes, que han pasado a formar parte de la liturgia o que, al menos, son de gran ayuda para el decoro de su celebración.

San Juan Pablo II.
Carta a los artistas, 4/4/1999.



Del contacto del corazón con la Verdad, que es Amor, ha nacido la cultura cristiana. Y si la fe sigue viva, esta herencia cultural no muere

Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)

Archivo Revista

Fe: condición para la vida de la cultura

De este contacto del corazón con la Verdad, que es Amor, ha nacido la cultura, toda la gran cultura cristiana. Y si la fe sigue viva, esta herencia cultural no muere, sino que sigue viva y presente. Los iconos siguen hablando hoy al corazón de los creyentes; no son cosas del pasado. Las catedrales no son monumentos medievales, sino casas de vida, donde nos sentimos «en casa»: en ellas encontramos a Dios y nos encontramos los unos con los otros. Tampoco la gran música —el canto gregoriano, o Bach o Mozart— es algo del pasado, sino que vive en la vitalidad de la liturgia y de nuestra fe. Si la fe es viva, la cultura cristiana no se convierte en algo «pasado», sino que sigue viva y presente.

Benedicto XVI.
Audiencia general, 21/5/2008.

El Evangelio es fuente de inspiración para el arte

El artista busca siempre el sentido recóndito de las cosas y su ansia es conseguir expresar el mundo de lo inefable. ¿Cómo ignorar, pues, la gran inspiración que le puede venir de esa especie de patria del alma que es la religión? ¿No es acaso en el ámbito religioso donde se plantean las más importantes preguntas personales y se buscan las respuestas existenciales definitivas? […] El cristianismo, en virtud del dogma central de la Encarnación del Verbo de Dios, ofrece al artista un horizonte particularmente rico de motivos de inspiración. ¡Cómo se empobrecería el arte si se abandonara el filón inagotable del Evangelio!

San Juan Pablo II.
Carta a los artistas, 4/4/1999.

«Via pulchritudinis», itinerario de fe

¿Qué puede volver a dar entusiasmo y confianza, qué puede alentar al espíritu humano a encontrar de nuevo el camino, a levantar la mirada hacia el horizonte, a soñar con una vida digna de su vocación, sino la belleza? […] Precisamente por su característica de abrir y ensanchar los horizontes de la conciencia humana, de remitirla más allá de sí misma, de hacer que se asome a la inmensidad del Infinito, puede convertirse en un camino hacia lo trascendente, hacia el misterio último, hacia Dios. […]

A este propósito se habla de una *via pulchritudinis*, un camino de la belleza que constituye al mismo tiempo un recorrido artístico, estético, y un itinerario de fe, de búsqueda teológica. […] Por lo tanto, el camino de la belleza nos lleva a reconocer el Todo en el fragmento, el Infinito en lo finito, a Dios en la historia de la humanidad.

Benedicto XVI.
Discurso, 21/11/2009.

Respuesta a las grandes inquietudes de la humanidad

En el ADN de la humanidad está radicado el deseo de bien, de belleza, de verdad; y es a partir de esa aspiración profundamente humana y de nuestra experiencia plurisecular, que la Iglesia propone caminos para una vida digna y el bien común. […] La Iglesia comparte con humildad, pero también con firmeza aquello que ha descubierto en la experiencia de la fe: que Jesucristo responde a las grandes preguntas sobre la vida humana y su plenitud, ya en este mundo y hasta su culmen en la eternidad. […]

Y justamente porque «cultura» evoca «cultivo», como sugiere la raíz etimológica que ambos términos comparten, estamos llamados a preguntarnos qué es lo que hoy sembramos, qué es lo que florece y qué se marchita silenciosamente en nuestra sociedad; qué valores estamos preservando y cuáles estamos dejando morir. Son preguntas profundas, necesarias y que no pueden ser ignoradas.

León XIV.
Discurso, 7/6/2026.



1 de noviembre – Solemnidad de Todos los Santos

(Ap 7, 2-4.9-14; Sal 23; 1 Jn 3, 1-3; Mt 5, 1-12)

El boceto y la obra de arte



P. Mario Beccar Varela, EP

Entre el bosquejo divino y la obra acabada, la vida espiritual de cada cristiano se construye por medio de la gracia, de la purificación y de la constante confianza

Quien tiene un proyecto y se lanza a llevarlo a cabo siempre alberga una cierta idea del resultado final. Durante su ejecución, el autor comprueba constantemente si la obra se acerca a su intención original.

La Sabiduría eterna no podía eludir esta regla de sabiduría práctica al crearnos, teniendo como meta nuestra plena santificación. Pero ¿en qué consiste la santidad consumada? En la beatitud celestial, a la que se llega precisamente a través de las ocho bienaventuranzas proclamadas en esta solemnidad.

En el momento en que nacemos, Dios nos entrega, por así decirlo, un «boceto» de un cuadro maravilloso, que deberá ser completado a lo largo de nuestra vida —o incluso después de su final, en el Purgatorio— hasta su acabado perfecto. Quien, en la hora de la muerte, presenta su cuadro completamente terminado es declarado «bienaventurado» —por ocho títulos— por el divino Juez.

Por ejemplo, los puros de corazón lograrán la visión clarísima de Dios, promesa que Él cumple en la vida eterna, pero que ya ha comenzado en esta vida. Como explica Santo Tomás, «esas recompensas, a las que el Señor alude aquí, se pueden obtener de dos maneras: de forma perfecta y consumada, y, por tanto, sólo en la patria; o de forma incipiente e imperfecta, y, por tanto, por aquellos que están en camino —*in via*—. De ahí que los santos tengan un cierto comienzo de esa bienaventuranza».[1]

Quien no alcance el nivel de esta bienaventuranza específica no tendrá un elevado «grado de visión», según el *lumen gloriæ*. En la casa del Padre hay muchas moradas: unos verán más perfectamente, otros menos. Según San Buenaventura,[2] nuestra naturaleza está deformada por la culpa, pero reformada por la gracia, de modo que debemos purificarla para ascender a Dios.

El mismo principio se aplica a las demás bienaventuranzas. Los afligidos —Jesús se refiere a los que padecen aflicción por amor a Dios, es decir, a quienes se afligen al verlo ofendido, al no verlo amado como merece— serán consolados en esta vida y en la otra, por una confianza a toda prueba. Su corazón «descansa en Dios». Nada los inquieta, pues, como afirma San Agustín, «nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».[3]

Así, el Evangelio de las bienaventuranzas nos anima a confiar en Dios y suplicarle, con el salmista: «El Señor completará sus favores conmigo» (Sal 137, 8) y «No me arrebates en la mitad de mis días» (Sal 101, 25). Ésa es la petición que debemos hacer durante toda nuestra vida al divino Espíritu Santo, por intercesión de la Santísima Virgen.

He aquí la realidad: en su infinita bondad, el Creador nos ofrece a cada instante el auxilio de su gracia, siendo por ello el verdadero Autor de nuestra santificación. La «obra de arte» espiritual que debemos completar antes de ser llamados a rendir cuentas es tanto obra suya como nuestra. A nosotros nos corresponde, sencillamente, dejar que el divino Pintor use el «pincel» de nuestra alma según su santísima voluntad.



«El pintor en su taller», de Pietro Longhi - Getty Center, Los Ángeles (Estados Unidos)

Reproducción

---

[1] Santo Tomás de Aquino. *Super Evangelium S. Matthæi lectura*, c. v, lect. 2, n.º 413.

[2] Cf. San Buenaventura. *Itinerarium mentis in Deum*, c. i, n.º 6.

[3] San Agustín. *Confesiones*. L. I, c. 1, n.º 1. *In*: *Obras*. Madrid: BAC, 1989, t. ii, p. 73.

El aceite de la caridad



P. Helio Rufilo de Oliveira, EP

El Evangelio de este domingo forma parte del sermón que el Señor pronunció en el monte de los Olivos, poco antes de la Pasión, tras haber salido del Templo y profetizado que de él no quedaría piedra sobre piedra. Se trata de una respuesta llena de parábolas, dirigida a los discípulos, que le habían preguntado: «¿Cuál será el signo de tu venida y del fin de los tiempos?» (Mt 24, 3).

La nota dominante del sermón es la exhortación a la vigilancia en la vida cotidiana, esperando el fin de *un* mundo —la muerte de cada uno de nosotros y la comparecencia ante Dios— y el fin *del* mundo terrenal, cuando el propio Señor «ha de venir a juzgar a vivos y muertos», como proclamamos en el credo.

Esto es lo que encontramos en la parábola de las cinco vírgenes prudentes y las cinco vírgenes imprudentes, o, como reza el latín, *fatuæ*: locas, necias, insensatas. La narración se circunscribe a una de las etapas de la celebración del matrimonio entre los judíos.

Tras los acuerdos legales entre las familias de los contrayentes, le correspondía al novio preparar el nuevo hogar. Una vez concluidos todos los trámites, se dirigía a la residencia de la novia para llevarla hasta la casa recién dispuesta en un cortejo nocturno, durante el cual las damas de honor —las vírgenes— portaban lámparas para iluminar el recorrido. Al llegar a su destino, ante diez testigos, se pronunciaban las bendiciones propias y se formalizaba la unión matrimonial. Durante los siete días siguientes tenían lugar los festejos nupciales.

Ahora bien, en la parábola del Señor, ¿dónde está la novia?

No se identifica con una sola persona porque la representan las diez vírgenes en conjunto, aludiendo a toda la Iglesia militante, como argumenta San Agustín,[1] la cual camina hacia los desposorios eternos, aún no consumados.

Toda alma cristiana recibe el título de *virgen* —como dice San Pablo: «para presentaros a Cristo como una virgen casta» (2 Cor 11, 2)—, porque debe conservar la integridad de la fe y la pureza de corazón, que la llevan a abstenerse del mal uso de los sentidos, a apartarse de la iniquidad y a practicar las buenas obras, simbolizadas por las lámparas.

Pero no basta con que esas lámparas brillen «ante los hombres» (Mt 5, 16a); es necesario que su luz lleve a los demás a glorificar al «Padre que está en los Cielos» (Mt 5, 16b). En otras palabras, nuestras acciones deben orientarse al fin último, es decir, a Dios mismo. Por lo tanto, las obras que perduran más allá del sueño de la muerte —un momento en que todos nosotros, seamos vírgenes prudentes o necias, «cabeceamos» y «dormimos»— son aquellas que brotan de un corazón lleno de piedad, que siempre lleva consigo el aceite de la caridad.

Aprovechemos mientras estamos despiertos para proveernos de ese aceite y, así, entrar con el Esposo en las nupcias eternas, donde, una vez terminadas las inseguridades y aflicciones de este valle de lágrimas, se cumplirá lo que canta el salmo: «Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos» (62, 6).

No basta con que nuestras lámparas brillen «ante los hombres»; su luz debe llevar a los demás a glorificar al «Padre que está en los Cielos»

[1] Cf. San Agustín. *Sermón 93*, n.º 2.



Ricardo Castelo Branco

Las vírgenes prudentes - Iglesia de la Trinità dei Monti, Roma

La gratitud y la rebeldía



P. Lucas García Pinto, EP

En un mundo que proclama una falsa igualdad, Nuestro Señor Jesucristo nos enseña que Dios otorga dones de manera desigual

La vida de Nuestro Señor Jesucristo en esta tierra marcó un antes y un después en la historia e influyó en la humanidad en todos los aspectos, incluso en nuestro vocabulario. Prueba de ello es la parábola de los talentos, proclamada este domingo. De tal manera la enseñanza del divino Maestro se grabó en el alma humana para siempre que la palabra *talento* adquirió un nuevo significado.

En tiempos de Jesús, el talento era, además de una unidad de peso, una medida monetaria y poseía un valor de seis mil denarios. Teniendo en cuenta que se pagaba un denario por jornada laboral (cf. Mt 20, 1-2) y que un hombre corriente trabajaba unos trescientos días al año, ¡un solo talento equivalía a unos veinte años de labor! Por lo tanto, la escena descrita por el Salvador refleja su benevolencia y dadivosidad para con la humanidad, completamente gratuitas, inmerecidas y desproporcionadas.

Además, es notoria la desigualdad con la que el Señor otorga sus dones. El mundo hodierno pregona el igualitarismo absoluto, adoctrinando a las sucesivas generaciones en la ojeriza a la jerarquía, en la utopía de quitar al que tiene más para dárselo al que tiene menos y en el propósito de nivelar a la baja a todos los hombres. ¡El Hombre-Dios piensa de forma muy diferente!…



Parábola de los talentos - Iglesia de Santa María y San Nicolás, Spalding (Inglaterra)

Michael Garlick/www.gegraph.org.uk (CC by-sa 2.0)

En la parábola, el amo entrega auténticas fortunas a sus tres siervos, incluido el que recibe menos, dando «a cada cual según su capacidad» (Mt 25, 15). Al igual que quien llena distintos recipientes con un precioso líquido, Dios también otorga plenamente sus dones a todos, de acuerdo con la medida que cada uno puede contener.

¿Quién es mejor? ¿El que recibe más o el que recibe menos? En este caso concreto, el menos favorecido fue el más perverso… porque la bondad no reside en los números ni en las cantidades, sino en la fidelidad a su amo. Esto se manifiesta en la actitud del primer siervo: «El que recibió cinco talentos fue enseguida a negociar con ellos y ganó otros cinco» (Mt 25, 16). Actúa con solicitud y dedicación, empleando los talentos que ha recibido para dar fruto a su amo. Y «el que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos» (Mt 25, 17).

En cambio, en el supuesto «miedo» del tercer siervo encontramos el disfraz de un profundo egoísmo y un oculto espíritu de rebeldía. No sólo desprecia a su señor al enterrar el talento que recibió, sino que además busca inocular su resentimiento en los demás, acusándolo públicamente de ser responsable de su propia maldad: «Eres exigente» (Mt 25, 24). Según su visión distorsionada, el amo es el culpable de sus fracasos, y él, la víctima de los dones recibidos.

En la parábola de los talentos, Jesús inmortalizó dos familias de almas: la de aquellos que, movidos por la gratitud, se esfuerzan por corresponder a la bondad divina mediante la dedicación y el servicio a su Reino; y la de los igualitarios, rebeldes e insumisos, ingratos ante la generosidad de Dios, que buscan culparlo de sus propios errores. A los primeros se les dará más y tendrán abundancia, pero para los últimos «será el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 25, 30).

«Mi Reino no es de este mundo»... todavía



P. Antonio Jakoš Ilija, EP

El divino Redentor es Rey por derecho adquirido en virtud de su Pasión, pero también lo es en razón de su omnipotencia, ejerciendo dominio en el Cielo y en la tierra. Sin embargo, en ésta no se impone a los pecadores que lo rechazan. Por misericordia, les concede un tiempo de gracia para la conversión.

Este mundo es, por tanto, el bastión que les compete conquistar a sus súbditos fieles. Cuando el Señor le dijo al infame Pilato: «Mi Reino no es de este mundo» (Jn 18, 36), no dictó una sentencia definitiva, sino que proclamó que su Reino universal abarcaría también el mundo, atendiendo a la súplica que Él mismo elevó al Padre eterno: «Venga a nosotros tu Reino» (Mt 6, 10).

En parte, ese Reino ya ha llegado: existe en la Santa Iglesia Católica, institución inmortal nacida del costado herido por la lanza de Longino, cuando el Rey expiraba en la cruz. Pero ¿llegará algún día el Reino definitivo? Ciertamente. La oración del padrenuestro, plegaria perfecta pronunciada por el Hijo al Padre, no es condicional.

En el Antiguo Testamento parece discernirse una especie de prenuncio del padrenuestro en la frase del salmo: «Envías tu Espíritu, y los creas, y repueblas la faz de la tierra» (103, 30). También está la promesa de San Luis María Grignion de Montfort[1] sobre la futura venida del Reino de María. No obstante, parece que la plenitud del reinado de Cristo aún está por concretarse en este mundo, no por falta de poder de su parte, sino por la contingencia de las criaturas a la hora de conformarse plenamente al Creador.

Jesús no puede ser rebajado al nivel de un Herodes, reinando sobre súbditos que alaban a Barrabás. El digno ornato de un rey es tener súbditos a la altura de su grandeza. Si el Señor hubiera aceptado ser coronado el Domingo de Ramos, habría actuado contra su propia majestad, pues sería el Señor de criminales, interesados, usureros, pecadores, blasfemos, sacrílegos, usurpadores, politiqueros, cínicos, envidiosos, calumniadores, traidores, conspiradores…

Quiso ser Rey para llevar alegría a sus súbditos, sin escatimar ningún sacrificio para ello, hasta el punto de que la única petición que el Padre denegó al Hijo-Rey fue: «Si es posible, que pase de mí este cáliz» (Mt 26, 39). Hasta ese extremo llega el amor infinito de Dios por los hombres.

La perfecta alegría que el Señor desea para nosotros consiste en la plena conformación con Él. Una vez alcanzado ese objetivo, el Reino de Cristo se habrá instaurado y sus súbditos participarán de un gozo que —maravilla misteriosa e insondable de la dadivosidad de Dios— tiene algo de infinito aún no desvelado por la teología. He aquí lo que Jesús le pide al Padre:

«Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí» (Jn 17, 21-23).

El ornato digno de un rey es tener súbditos a la altura de su grandeza



Cristo Rey - Catedral de Santa María de la Inmaculada Concepción, Peoria (Estados Unidos)

Nheyob (CC by-sa 4.0)

[1] Cf. San Luis María Grignion de Montfort. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 217.

Alerta permanente: ¡velad!



P. Rafael Ramón Ibarguren Schindler, EP

Es del todo necesario que no fracasemos en nuestro empeño por alcanzar la gloria, so pena de haber vivido en vano

El tiempo litúrgico que celebramos a lo largo del año hace presentes en las almas de los fieles las gracias específicas de los diversos acontecimientos de la historia de la salvación que en él se conmemoran. Por lo tanto, no se trata sólo, ni principalmente, de la evocación de hechos pasados, sino de la representación —en el sentido de volver a hacer presente— de algo que antes estaba latente.

Como sabemos, el Adviento apunta a la Navidad, así como a la segunda venida del Señor, gran expectativa de la Iglesia. Es un tiempo profundamente mariano, pues fue a través de María como Jesús vino al mundo, a este mundo cuyos días terminarán al final de los tiempos, cuando el Hijo de la Virgen venga a concluir la historia y a juzgar a vivos y muertos.

La incertidumbre es un rasgo destacado de lo que ocurre en este valle de lágrimas: imprevistos, decepciones, desengaños, esperas interminables o sorpresas poco agradables… toda clase de contingencias. Sin embargo, en nuestra vida cotidiana tenemos una certeza ineludible: la eternidad nos aguarda y acabará abrazándonos definitivamente. En efecto, seremos puestos a la derecha o a la izquierda del supremo Juez (cf. Mt 25, 31-46), lo que significa sólo dos opciones: la elevación al Cielo, para disfrutar de la visión beatífica por toda la eternidad, o la fatal caída al Infierno. *Tertium non datur*: no hay una tercera posibilidad.

Por consiguiente, es absolutamente necesario que no fracasemos en nuestro empeño por alcanzar la gloria, pues de lo contrario habremos vivido en vano, ofendiendo a Dios y arruinando su proyecto. El dilema es de suma importancia. Por eso, el Evangelio de este domingo es tan claro, conciso e insistente a la hora de animarnos a velar sin tregua, manteniéndonos en un estado de atención continua.

Se engaña quien piensa que basta la oración para obtener de Dios las gracias que necesitamos. En otro pasaje del Evangelio, el mismo San Marcos recoge estas palabras del Señor: «Velad y orad, para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil» (14, 38). Una lección similar nos la da la tan conocida parábola de las vírgenes prudentes y las insensatas (cf. Mt 25, 1-13). Sí, la vigilancia precede al ejercicio de la oración y éste requiere necesariamente cautela al predisponer el espíritu para que la oración sea fecunda, y no algo ocasional o de mera rutina.

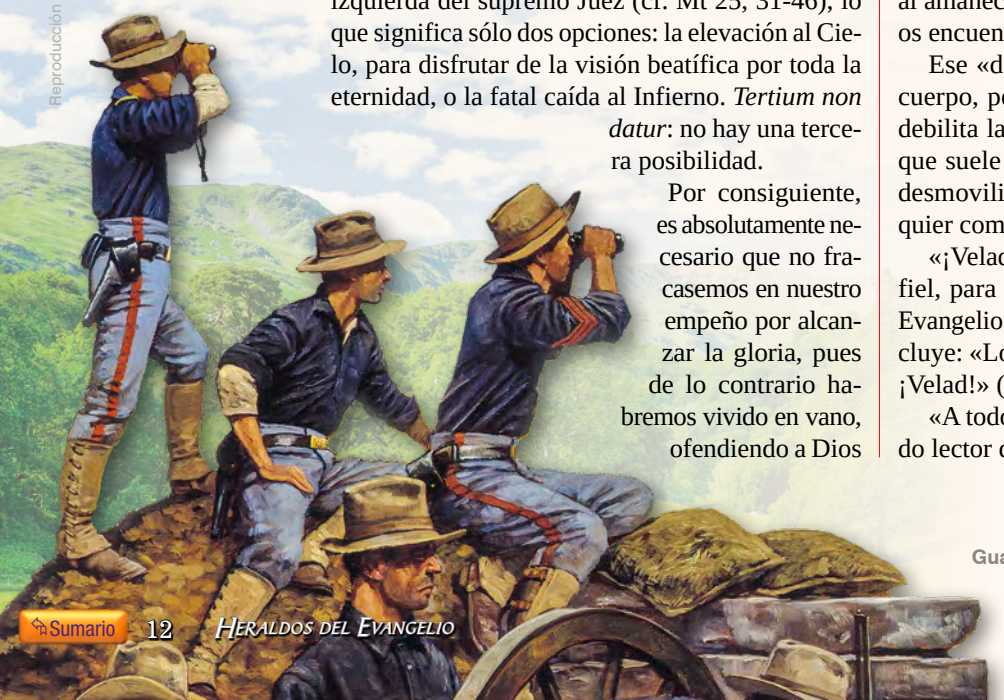
La falta de vigilancia en la espera del señor —o, como narra otra parábola, el descuido ante la llegada del ladrón (cf. Mt 24, 43)— es lo que se pone de relieve en el Evangelio de hoy: «Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos» (Mc 13, 35-36).

Ese «dormidos» se refiere al sueño físico del cuerpo, pero principalmente a cierto letargo que debilita las potencias del espíritu. Es un «sueño» que suele asociarse al relativismo, dictadura que desmoviliza la beligerancia y predispone a cualquier compromiso con el mal.

«¡Velad!». Un consejo de gran valor para cada fiel, para cada familia, para cada comunidad. El Evangelio de este primer domingo de Adviento concluye: «Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!» (Mc 13, 37).

«A todos». Por lo tanto, también a usted, querido lector de estas reflexiones.

Reproducción



«La artillería ligera de Utah» - Guardia Nacional de los Estados Unidos

Conquistando Inglaterra

con canto y encanto

Cuarenta monjes benedictinos, apiñados en una pequeña embarcación, veían surgir de entre la bruma del mar septentrional la isla que anhelaban conquistar: un lugar terrible que consideraban la morada de los muertos. En aquel año de 597, ante los misioneros se presentaba, envuelta en niebla, Inglaterra.

La funesta fama de ese pueblo se extendía hasta Roma, de donde habían partido los religiosos por orden del papa San Gregorio Magno. Se decía que los habitantes de aquella isla se comían los corazones de sus enemigos, hablaban una lengua siniestramente incomprensible y vivían en el lugar al que se dirigían los muertos para sufrir los tormentos del Infierno.

Pero los monjes obedecían unas instrucciones pontificias muy claras: debían evangelizar a los anglos. ¿El método? Entonar melodías de la Iglesia, en particular lo que más tarde se conocería como *canto gregoriano*. Y Agustín, que capitaneaba la operación y a quien hoy invocamos como San Agustín de Canterbury, sabía cómo conmover las entrañas inhumanas de los hombres con los que se encontraría. Su secreto era la manifestación de la belleza.

Cuando los hijos de San Benito desembarcaron en los dominios paganos y se dieron cuenta de que la situación no era tan apocalíptica, pudieron obtener una audiencia con el monarca Etelberto de Kent, jefe de los jutos.

El encuentro fue pomposo. En el claro de un bosque casi impenetrable, rodeado de sus pares, el soberano recibió a los religiosos. Etelberto se sentía en casa, rodeado de rudos robles y de sus guerreros, aún más rudos, de mirada pálida y enorme cuerpo, descendientes de los aventureros de los mares que, haciendo bailar hambrientas hachas con sus gigantescos brazos, hicieron temblar la isla británica durante muchas décadas.

Los misioneros, por su parte, también se comportaron como si estuvieran en casa, en su monasterio. Se dirigieron al rey en solemne procesión cantada, precedidos por una gran cruz de plata y una pintura de Cristo. Y ante la atónita corte se formó un ejército de cuarenta monjes que, en latín, entonaban continuos y cautivadores himnos gregorianos.



François Boulay

Ceremonial, latín y canto gregoriano: eso bastó para sacar al pueblo anglo del paganismo

San Gregorio Magno bendice a San Agustín de Canterbury - Basílica de San Patricio, Montreal (Canadá)

Todas las sutilezas del canto, todos sus vaivenes misteriosos y elocuentes, todas aquellas palabras desconocidas llenaban el alma de los oyentes. Los corazones de los jutos se estremecieron ante la belleza. El terreno estaba preparado para la predicación, y San Agustín evocó largamente el misterio de un Dios que, hecho hombre, se dejó sacrificar padeciendo una muerte horrenda por la salvación de los descarriados: «Jesucristo abrió con su sangre, para quienes creen en Él, las puertas de un nuevo Reino», concluía.

Poco después, el rey Etelberto fue bautizado, junto con muchos de sus oficiales. Y en la Navidad de ese mismo año, serían diez mil los hombres que nacerían a la gracia.

Vida comunitaria, latín y canto gregoriano: eso bastó para drenar los antiquísimos pantanos del paganismo anglosajón. Y una chispa de predicación lanzada sobre el terreno limpiado por la belleza se transformó en un incendio de fe.

Las palabras penetran en los corazones abiertos, pero no los abren. Integridad de vida y liturgia esplendorosa: he aquí las llaves que abren de par en par las almas más irremediablemente cerradas. San Agustín de Canterbury lo sabía e hizo de la belleza, el latín y la oración sus armas.



La mejor limosna para la humanidad

En una época en que el bien, lo verdadero y lo bello se retiran de la faz de la tierra, debemos alzar hasta lo más alto el estandarte del «pulchrum» y ser dispensadores de las bellezas de Dios.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

De paso por cierto lugar, al abrir una puerta me encontré con un gato sentado sobre sus patas traseras, con la cola metida junto a las delanteras y la punta hacia arriba. Me miraba como si fuera un príncipe… Me entraron ganas de sacarle una foto para mostrarle a la gente el *pulchrum* natural presente en aquel animal.

¿Cómo es posible que un gato —incapaz de entender qué es el arte, el estilo o la nobleza, al carecer de razón— adopte una postura tan impecable, con un cierto imponderable de elegancia y distinción?

Si dejamos el mundo de los felinos y observamos las abejas, impresiona ver la extraordinaria organización de las celdillas de la colmena, así como la tenacidad de estos insectos, siempre en busca de flores para extraer el néctar necesario y luego fabricar la miel. Las abejas no intentan libar néctar de las flores de plástico de un jarrón; al contrario, pasan de largo, porque su instinto les «informa» de que son falsas.

Los animales tienen instintos perfectos e infalibles; pero también el hombre, la más elevada de todas las criaturas materiales, posee instintos certeros. Si nos acercamos a la cuna de un niño, encontraremos un pequeño ente, cuya inteligencia y conciencia aún no se han desarrollado. Sin embargo, tales son sus instintos que si le presentamos una bolita pequeña y otra grande, elegirá la grande; si se trata de una bolita blanca y otra dorada, escogerá primero la dorada y sólo después la blanca.

Así como los animales tienen instintos perfectos e infalibles, el hombre posee uno que lo lleva a desear y discernir lo bello, lo bueno y lo verdadero



Reproducción

¿Cómo es posible que un gato adopte una postura tan impecable, con cierta elegancia y distinción?

¿Por qué ocurre esto? Por un sentido presente en cada alma inocente, gracias al cual la persona, sin tener aún pleno uso de razón, manifiesta ya preferencias y busca siempre lo mejor y lo *pulchrum*. Más adelante, cuando despierte el razonamiento, sabrá distinguir, aunque nadie se lo enseñe, entre la verdad y la mentira, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo.

¿Qué es lo bello?

Santo Tomás define así lo bello: «*Id cuius ipsa apprehensio placet*»,[1] es decir, todo aquello que una persona aprehende y le agrada, produciéndole en lo más profundo de su alma una emoción estética.

No obstante, a causa del pecado original, el espíritu humano se volvió falible y a menudo se equivoca, creando opiniones y gustos subjetivos alejados de los modelos de la perfección. La escolástica también define el criterio objetivo de belleza como el esplendor de la forma sobre las partes proporcionadas de la materia.[2]

Por ejemplo, un busto de la Virgen esculpido en un bloque de mármol será objetivamente bello si la figura es tan expresiva e íntegra que constituya un conjunto proporcionado. Si el escultor hace un busto con solamente la mitad del rostro, o sin nariz, o

incluso con una oreja enorme, no podrá decirse que sea una obra bella, porque le faltará el esplendor de la forma: estará rota, incompleta o desproporcionada.

Tal es la definición filosófica de lo bello para las obras de arte. Éstas alcanzan el modelo ideal cuando lo bello subjetivo y lo objetivo se armonizan, ofreciendo a la mirada que las contempla una satisfacción plena.

Si damos un paso más y nos elevamos al ámbito sobrenatural, encontramos la definición teológica de lo bello como esplendor de la verdad y esplendor de la bondad. La belleza, según la tradición tomista, es el esplendor de todos los trascendentales reunidos.[3]



Reproducción

Por inspiración divina, Santa Juana de Arco respondió con elegancia y levedad luminosas a la malicia de la seudoinquisición: ¡he ahí el esplendor de la verdad, el «pulchrum»!

«Juicio de Juana de Arco», de Antony Serres - Museo de Bellas Artes de Burdeos (Francia)

Para comprender bien qué es el esplendor de la verdad, imaginemos una plaza donde un infiel y un católico discuten. Este último aporta buenos argumentos, citando las Escrituras, y es hermoso verlo defender la doctrina punto por punto. Pero en esta escena no hay un esplendor que entusiasme, al que podamos llamar propiamente *pulchrum*.

En cambio, si nos remontamos al proceso de Santa Juana de Arco, encontramos a una frágil doncella de 19 años, sin estudios teológicos, juzgada por una seudoinquisición compuesta por hombres con conocimientos y preparación intelectual. Cuando uno de los jueces le preguntó si estaba en estado de gracia, con la clara intención de dejarla sin salida, ella respondió: «Si no lo estoy, que Dios me lo conceda; y si lo estoy, que Dios se digne conservarme en él».[4]

Si hubiera dicho con total seguridad: «¡Estoy en estado de gracia!», se habría alzado contra la doctrina católica, según la cual nadie puede, de manera natural, tener la certeza absoluta de si está o no en gracia. Si, por el contrario, hubiera afirmado: «No lo estoy», habría confesado haber incurrido en pecado mortal, desacreditando así su misión. ¿Cómo responder a una pregunta tan maliciosa? El Espíritu Santo la inspiró y ella supo salir airosa con una elegancia y una levedad luminosas. ¡Ahí tenemos el esplendor de la verdad, el *pulchrum*!

Lo bello puede definirse como el esplendor de la verdad y la bondad, o de todos los trascendentales reunidos

Lo mismo ocurre con la bondad. Recurramos, una vez más, a los ejemplos.

En los peldaños de la escalinata de una iglesia está sentada una mendiga. Pasa por allí el gerente de un gran establecimiento comercial, saca su cartera del bolsillo y le da una moneda de oro. Sin duda, se trata de un loable gesto de caridad, hecho con el deseo de ayudar a aquella mujer en su pobreza; pero no es pulcro, pues, como el donante posee muchas riquezas, la ofrenda significa poco o nada para él. Sería muy bonito si ésa fuera su única moneda, como en el episodio del óbolo de la viuda, alabada por Nuestro Señor porque dio todo lo que tenía para vivir (cf. Mc 12, 42-44).

Entonces, ¿en qué consiste la pulcritud en materia de limosna?

Imaginemos otra escena. En una noche de intensa nevada, con una temperatura de dos grados bajo cero, un pobre mendigo tiembla de frío al borde de un camino. Pasa un caballero bien abrigado con ropa de buena calidad, frena su cabalgadura, desmonta y, quitándose el chaquetón, los guantes e incluso las botas, se los ofrece al desvalido, diciéndole: «Cúbrete; si no, podrías morir». Luego, descalzo y vestido sólo con camisa y *culotte*, se monta en su caballo y se marcha.

Darlo todo es precisamente lo que vuelve pulcro el gesto. Ese acto de virtud rutilante sí que nos hace compren-

der lo bello, porque en el heroísmo con que se practica residen el esplendor de la bondad y, por tanto, la santidad.

Ahora bien, el esplendor de la verdad y de la bondad se manifiesta sobre todo en aquello que ofrece reflejos íntegros y plenos de Dios —lo Bello por esencia— y que nos lleva a acercarnos a Él y a unirnos con Él, casi «tocándolo».

Más importante que hablar y hacer ¡es ser!

Alguien podría preguntar qué utilidad tienen estas consideraciones y si nuestra contribución a la Iglesia en el ámbito universal no debería consistir mucho más en escribir obras literarias, libros doctrinales o manifiestos, o incluso en llevar a cabo actividades de apostolado, exponiendo la fe católica con claridad y lógica. Sin duda, todos esos tipos de acciones son útiles y hasta indispensables, pero no suficientes para satisfacer las necesidades del Cuerpo Místico de Cristo.

Imaginemos un grupo de personas que no supieran nada de música ni hubieran asistido nunca a un concierto de orquesta, pero que se esforzaran, cada una, por aprender a tocar algún instrumento: flauta, trompeta, violonchelo… Entonces el profesor les dice: «Para entender la música, tenéis que situaros en una escala de notas que ascienden y descienden por semitonos; los griegos ya tenían una teoría musical algo diferente, etc. Ahora coged la partitura para interpretar la *Novena sinfonía* de Beethoven, porque ya os he explicado qué son las notas».

¿Serían capaces esos alumnos de tocar la pieza? ¿Qué tendría que hacer un buen maestro? Después de enseñar teoría musical, debería mostrarles un concierto de una orquesta de primer nivel interpretando la *Novena sinfonía* de Beethoven. Ahí sí, a partir de lo que hubieran visto y oído, y una vez transmitida ya la noción de lo que es una melodía, podría reunir a los futuros músicos y comenzar el ensayo.

Del mismo modo, con el mero conocimiento de la doctrina de la Iglesia no es posible concebir cómo debe ser un verdadero católico apostólico romano. Se trata de que, una vez contemplada y comprendida la verdad, ésta se traduzca en la realidad concreta de los actos, las costumbres y maneras de ser. En ello radica la importancia del símbolo vivo, pues, de todo lo que existe, el mayor símbolo de Dios para el hombre es el propio hombre, creado a su imagen (cf. Gén 1, 27). Por esta razón, no hay nada más representativo del Señor y más cercano a Él que un santo, ya que éste es el máximo ejemplo del bien, de la verdad y de la belleza sobre la faz de la tierra.



Sergio Miyasaki

Nada representa mejor al Señor ni está más cerca de Él que un santo, pues él es el máximo ejemplo del bien, de la verdad y de la belleza sobre la faz de la tierra

Mons. João en febrero de 2010

El acto de virtud rutilante nos hace comprender lo bello, pues en el heroísmo con que se practica reside el esplendor de la bondad: la santidad

Por lo tanto, es obligación moral de todo católico ser testigo fiel de lo que profesa, no sólo transmitiendo lo que la Iglesia enseña, sino también simbolizando esa enseñanza. De ahí que lo más importante de la acción apostólica no consista en hablar ni en hacer, ¡sino en ser!

Entonces sí podrá salir por el mundo y colaborar en la *consecratio mundi* de la que habla la *Lumen gentium*,[5] es decir, la sacralización del orden temporal, consciente de que sólo puede sacralizar quien es sacral. A través de los gestos, de las actitudes y del comportamiento, de la liturgia bien celebrada, del arte y de la belleza, las personas llegarán más fácilmente a Dios y encontrarán la luz verdadera que señala el camino hacia la santidad y hacia el bien.

Dispensadores de las bellezas de Dios

En todo lo que Dios ha creado en los órdenes inferiores de la naturaleza —minerales, vegetales y animales—, ha puesto una simbología para facilitar que el hombre, al posar la mirada en lo que ve, comprenda lo que no ve. Así, todo el universo visible —los pajarillos, los mosquitos, los árboles, el sol, el viento, la arena, la tierra, las aguas, las montañas, el hielo— es espejo, imagen y símbolo del universo invisible.



wolkee / Pixabay

«Lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras»

Por eso, San Pablo afirma en su epístola a los romanos: «Lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras» (Rom 1, 20).

Si todo nos ha sido dado por el Creador, es nuestro deber devolvérselo todo a Él, interpretando estos estigmas y signos, y usándolos como instrumento para llevar a los demás a salir de su egoísmo y llegar al conocimiento de Dios, amándolo tanto como sea posible en esta tierra.

Nuestra época está falta de belleza y vive en una completa pobreza espiritual y una total desnudez de virtud; ya no hay pulcritud y el bien se ha retirado de la faz de la tierra. ¿Qué clase social no necesita de verdad y de santidad? ¡Cuánta aflicción, cuánta aprensión, cuánta crisis, cuánta amenaza, cuánto drama, cuánta tragedia! Es necesario saciar esa hambre de lo sobrenatural, alimentando en las almas las virtudes y los dones infundidos por el bautismo.

En medio del caos y de la decadencia moral del mundo moderno, debemos confiar en Nuestra Señora y alzar hasta lo más alto el estandarte del *pulchrum*, siendo dispensadores de las bellezas de Dios. Nos corresponde procurar que el pobre y el rico, el plebeyo y el noble, el que está en la cárcel y el que está en libertad, el pequeño y el grande, el desamparado y el opulento, puedan tener a su alcance lo maravilloso y encontrar un ambiente que represente los ideales que aman. Vestir, alimentar, amparar y proteger espiritualmente es la caridad más esencial, la mayor limosna que se puede ofrecer a la humanidad, según el precepto que Nuestro Señor nos dio: «Que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15, 12); «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mc 12, 31).

Ser feliz es abrazar el «pulchrum» y la santidad, amar la verdad y asumir el Evangelio, practicándolo y no sólo admirándolo

He aquí también el medio para evitar que las personas pierdan la esperanza y se entreguen al demonio, siguiendo las sendas del pecado y de los vicios. Sólo la emoción estética, por un lado, y la emoción moral, por otro, conducen a la felicidad duradera. La manera de ser feliz es abrazar el *pulchrum* y la santidad, amar la verdad y asumir el Evangelio, practicándolo y no sólo admirándolo. Así lo afirmó el Concilio Vaticano II en un texto citado posteriormente por Juan Pablo II en su *Carta a los artistas*: «La belleza, como la verdad, es quien pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración».[6]

Por el contrario, levantar una barrera para que los pobres no tengan acceso a la belleza es el mayor crimen que se puede cometer, porque implica «matar» a la humanidad misma.

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 1999 y 2007.

---

[1] Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. I-II, q. 27, a. 1, ad 3.

[2] Cf. San Alberto Magno. *In De divinis nominibus*, c. IV, solutio, n.º 72.

[3] Cf. Garrigou-Lagrange, OP, Réginald. *Les perfections divines*. 4.ª ed. Paris: Gabriel Beauchesne et ses Fils, 1936, p. 299.

[4] Bordonove, Georges. *Les grandes heures de l'Histoire de France. Jeanne d'Arc et la Guerre de Cent Ans*. Paris: Pygmalion; Gérard Watelet, 1994, p. 235.

[5] Cf. Concilio Vaticano II. *Lumen gentium*, n.º 34.

[6] Concilio Vaticano II. *Mensaje a los artistas*; San Juan Pablo II. *Carta a los artistas*, n.º 11.

Belleza y sacralidad

Timón de la historia

El hombre sacral sabe ascender por las metáforas del Altísimo y encontrarlo por encima de ellas. Es más: imita al Todopoderoso construyendo un mundo que aspira a representar las perfecciones divinas.



Artur Pereira de Morais

¿Por qué, cuando pensamos en la cristiandad, podemos encontrar elementos comunes en las torres de una catedral, en los trajes tradicionales de un pueblo o en los símbolos heráldicos?

¿Existe cierta confluencia entre el hábito benedictino, la cortesía y los platos bien elaborados de una civilización?

¿Cómo definir esa especie de aura que impregnó la sociedad católica y que aún hoy constituye la gloria de Europa y es objeto de su añoranza? ¿Cuál es su nombre?

El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira la llamó *sacralidad*.[1]

Reminiscencias de lo divino

Para el Dr. Plinio, «sacral es todo aquello que posee cualidades especiales para recordarnos los supremos atributos de Dios».[2]

No es difícil encontrar esas reminiscencias de lo divino a nuestro alrededor. El Creador nos facilitó la tarea al dejarnos un mundo repleto de sus «huellas». ¿Quién no vislumbra en la vastedad de los océanos la inmensidad de Dios? ¿Quién no percibe en el león la fuerza del Omnipotente, y en las altivas montañas la perennidad del Eterno? En la radiante luz del sol, ¿cómo no descubrir al Invisible?

Sacral es todo lo que nos recuerda de modo especial los supremos atributos de Dios, en la creación o en las obras humanas

El hombre con espíritu sacral sabe ascender por esas metáforas del Altísimo y encontrarlo por encima de ellas. Es más: imita al Todopoderoso construyendo un mundo que aspira a representar las perfecciones divinas.

Así, en aquella cristiandad antes evocada, el tañido de las campanas resonaba como un eco de la voz divina y no sólo como una llamada para congregarse. El rey resplandecía como gobernante, y mucho más que eso: como una especie de condestable del Señor de los ejércitos. Un manjar era alimento más del espíritu que del cuerpo. Las coronas proclamaban claramente su más elevada misión: sostener la cruz de Cristo. Y las naves de la iglesia gótica traducían en piedra las expresiones de la sacralidad: sus arcos y nervaduras se unían para apuntar al cielo.

Maravillosas eran también las ceremonias que revestían todos los ámbitos

Reproducción



En la civilización cristiana había una especie de aura que impregnaba la sociedad; se reflejaba en todos los ámbitos de la vida humana y aún hoy constituye la gloria de Europa y es objeto de su añoranza: la sacralidad

«Luis VII recibe la oriflama en Saint-Denis», de Jean-Baptiste Mauzaisse - Museo de Historia de Francia, Versalles

de la actividad humana. Con solemnidad —e incluso con pompa— se formalizaba la compraventa de un terreno. Hasta las penas de prisión se dictaban con ceremonial, y la investidura de caballeros seguía un rito cargado de simbolismo. ¿Qué decir entonces de las bodas, de las aclamaciones de los reyes y de las entronizaciones papales? Todo ese aparato tenía por objeto resaltar la grandeza de tales actos y hacer patente a los asistentes que se realizaban ante Dios.

Las dos alas del arrobo

Las breves pinceladas trazadas hasta aquí pueden resultar, para algunos, algo etéreas… ¿Cómo caracterizar a la persona animada por ese espíritu sacral? ¿Qué marca la distingue?

Para el Dr. Plinio, esa marca es el *arrobo*: una especie de arrebato de admiración y amor ante la jerarquía del orden de la creación y su magnificencia.

Ahora bien, la jerarquía implica superioridades y, por tanto, inferioridades… Pues bien, un alma embargada por el arrobo, al contemplar aquello que le es superior, rebosa de *veneración*; sin embargo, cuando se inclina amorosamente hacia lo que le es semejante o inferior, se despliega en *ternura*.

Ilustrémoslo con una fotografía del siglo pasado. En ella aparece la reina Isabel II en un carruaje, sonriendo a sus súbditos. No obstante, un detalle llama la atención: un niño que contempla, absorto y casi en actitud de oración, el paso de la soberana británica.

La escena cautivó al Dr. Plinio. Bello reflejo de un alma repleta de sacral veneración, aquel «niño de oro —como él lo llamó— llegó a comprender que en la vida hay algo que trasciende enormemente el propio entorno, la vulgaridad de la existencia cotidiana, […] se trata de una manifestación de valores metafísicos altísimos, que se expresan en la pompa de la realeza».[3]

Aquel niño, imagen de un arrobo sin pretensiones, era «capaz de encantarse por completo con la grandeza de algo que no es él».[4]

Así son las almas sacrales: saben amar tanto la sublimidad de sus superiores como su propia pequeñez. Ante lo que las trasciende, dan gracias por hallarse por debajo y tener la alegría de poder admirar. Viven del gozo de la veneración, la cual llevó a Santa Teresa del Niño Jesús a exclamar, en un arrebato de entusiasmo: «¡Oh, María, si yo fuera la Reina del Cielo y Vos fueseis Teresa, querría ser Teresa para que Vos fueseis la Reina del Cielo!».[5]


Reproducción

Un alma embargada por el arrobo, al contemplar aquello que le es superior, rebosa de veneración; sin embargo, cuando se inclina amorosamente hacia lo que le es semejante o inferior, se despliega en ternura

Fotografía de la reina Isabel II comentada por el Dr. Plinio

Así son las almas sacrales: saben amar tanto la sublimidad de sus superiores como su propia pequeñez. Viven del gozo de la veneración

Por otra parte, los superiores sienten *ternura* por quienes les son inferiores y se desviven por cuidarlos como a hijos. De esa ternura dan testimonio numerosos episodios del *Ancien Régime*, una época decadente en muchos aspectos, pero todavía fuertemente influenciada por la Iglesia y, en consecuencia, impregnada de espíritu sacral.

El célebre historiador Lenotre[6] nos cuenta un hecho ocurrido en Versalles. Una mujer embarazada, que venía de lejos, ya extenuada por el paseo buscaba un lugar en la terraza del palacio para descansar. El joven que la acompañaba divisó un banco de piedra, en el que estaban conversando dos distinguidas damas, y se apresuró a reservarle un sitio allí. Sin embargo, enseguida descubrió que estaba ante la esposa del rey, María Antonieta. Muy desconcertado, el joven trató de disculparse por su atrevimiento, pero la reina lo interrumpió de inmediato con un bondadoso gesto e insistió en que su acompañante tomara asiento, no sin antes mandar a un lacayo que le trajera un cojín, que ella misma colocó sobre el banco, diciendo: «Este mármol está demasiado frío para usted en este momento, *madame*; su estado requiere los mayores cuidados».

Sinfonía de admiraciones

Surge así otro aspecto de la relación sacral: la reciprocidad de admiraciones. Los superiores respetan y honran a sus súbditos, a la vez que son respetados y honrados por ellos.

Como nos enseña Santo Tomás de Aquino,[7] todo hombre posee cualidades que, en algún aspecto, lo hacen

superior y digno de admiración. El máximo ejemplo de ello nos lo legó Nuestro Señor, quien, aun siendo el Hombre-Dios, supo admirar la fe del centurión y la inocencia de los pequeños (cf. Lc 7, 9; Mc 10, 14).

Esta sinfonía de admiraciones que ascienden y descienden por las escalinatas de las relaciones humanas también se comprende fácilmente si cruzamos el umbral de un hogar en el que se observa la ley de Dios. Una buena madre se admirará tanto de la inocencia de sus pequeños como éstos podrán discernir en la sonrisa bondadosa de la matriarca la primera imagen del Creador. Un padre íntegro, en quien brillan virtudes como la pureza y la honestidad, despertará admiración en sus hijos, del mismo modo que éstos le alegrarán con su candor y rectitud.

El arrobo sube al Calvario

Arrobo, veneración y ternura tienen su prolongación natural en movimientos de *servicio* y *obediencia*, los cuales, llevados hasta sus últimas consecuencias, constituirán un verdadero *holocausto* de amor, postrero y más preciado fruto del espíritu sacral.

En efecto, la sinceridad del corazón se prueba en el dolor. El amor de quien no está dispuesto a sacrificarse es parodia, hipocresía o, quizá, mero sentimentalismo.

Las almas que ascienden al Calvario por un ideal contagian al mundo con las llamas de su arrobo. Esto explica por qué los albores de la Iglesia estuvieron teñidos con la sangre de los mártires.

«¿Cómo era posible —se preguntaba el Dr. Plinio al comentar los martirios de los primeros tiempos del cristianismo— que un león se abalanzara sobre una muchacha o un joven, haciendo pedazos a aquellas criaturas llenas de vida, y que otro lo presenciara y dijera: "Yo también voy"? ¿Cómo podía suceder eso sin el arrobo, la veneración y la ternura?». Y concluía: «El motor de la expansión del cristianismo fue un inmenso incendio de sacralidad en el corazón del Imperio romano».[8]

La sacralidad no se limita al ámbito de las relaciones sociales, sino que debe influir en todos los aspectos de la vida, tanto en el orden espiritual como en el temporal

Lo sagrado, lo profano y la sacralidad

Pero la sacralidad no se limita al ámbito de las relaciones sociales. Debe extender su benéfica influencia a todos los aspectos de la vida, tanto en el orden espiritual como en el temporal.

Nos resulta más fácil entender la presencia de elementos sacrales en la esfera religiosa. Templos majestuosos, cálices de oro, ornamentos de lino fino… aunque en ciertos ambientes se tengan por un lujo superfluo, tales pompas constituyen un rasgo inseparable de las prácticas de la Iglesia.

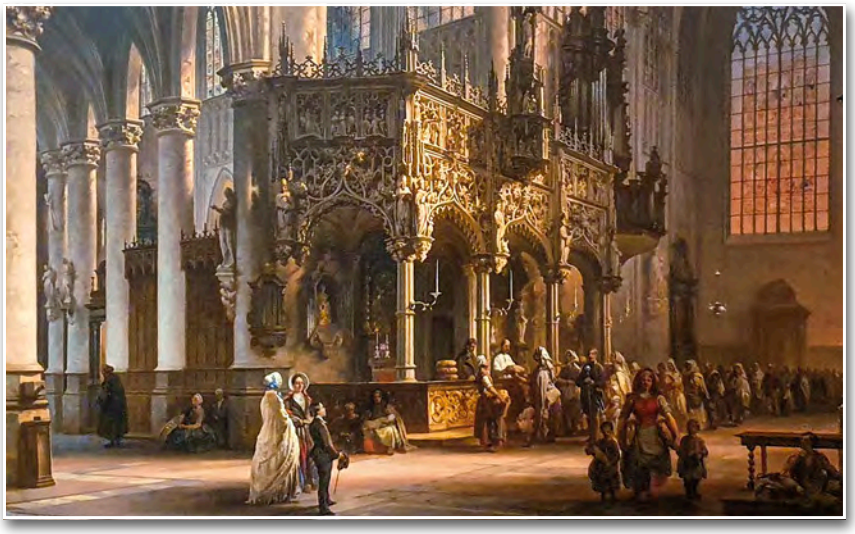
Sin embargo, más difícil resulta concebir que esas realidades deban impregnar, a su manera, la vida cotidiana… ¿Cómo comprender, entonces, el uso de vajillas refinadas, de objetos bellos y decorativos, de muebles elegantes y, sobre todo, de modales nobles en pleno siglo XXI?

Educados en medio de tantas concepciones utilitarias de la vida humana, todo esto nos suena a despilfarro, vanidad y afectación. Con todo, la verdad es bien distinta.

Plataforma para que el alma vuele

El Dr. Plinio[9] señalaba que las artes y los ambientes poseen cualidades especiales para influir profundamente en las mentalidades, induciendo a las familias y a los pueblos a adoptar determinados estados de espíritu, buenos o malos.

Si el estímulo sensorial del color rojo —como atestiguan estudios de psicología— puede suscitar ciertas pasiones, si la serena cadencia de las olas del mar predispone a la reflexión y si una vía pública sucia y descuidada favorece el crimen, está claro que los



Reproducción

La sacralización de las realidades terrenas prepara una plataforma para que el alma vuele hacia Dios: música, gastronomía, arquitectura, pintura y vestuario se convierten en apoyo para la práctica de la virtud

Interior de la iglesia de San Gumaro, en Lier, de Jules Víctor Génisson - Museo Soumaya, Ciudad de México

elementos materiales pueden influir en el cuerpo y también en el alma, indisolublemente unida a él.

Así, la sacralización de las realidades terrenas prepara una plataforma para que el alma vuele hacia Dios. La música, la gastronomía, la arquitectura, la pintura y el vestuario se convierten en un apoyo para la práctica de la virtud. Eso sí que es predicar «el Evangelio a toda criatura» (Mc 16, 15), incluso a la inanimada.

De este modo, la sacralidad extiende su influencia a las acciones más corrientes. Es la que hace del hogar un santuario, la que ofrece al hombre una norma de conducta, ayudándolo a no olvidarse, ni siquiera en la intimidad, de que es hijo de Dios.

¿De qué nos valdría admirar una hermosa iglesia y dejar nuestra propia casa abandonada al desorden? ¿Y con qué disposición recibiríamos al Hijo de Dios en la sagrada comunión si después escandalizáramos a nuestros hijos con gestos y palabras vulgares? En definitiva, ¿de qué nos serviría conversar reverentemente con el Señor en la oración para luego tratar sólo de bajezas en corrillos de amigos?

Ser el mismo ante Dios y ante los hombres: he aquí el ideal de la sacralidad.

Manejando el timón de la historia

¿Y cuál es el resultado cuando alguien se esfuerza por vivir de esa manera? La santidad. Como explica el Dr. Plinio, ésta «es el estado del alma en el que la persona ha llegado a poner la sacralidad en todo»,[10] incluso —y sobre todo— dentro de sí.

Los hombres conquistados por la sacralidad y llevados por el arrobo hasta el extremo del sacrificio son la verdadera palanca de la historia. Lo que la mueve no es mera teoría, sino la ortodoxia vivida y, por así decirlo, encarnada.



Leandro Souza

La cruz, postrer fruto de la sacralidad, es el timón de la historia que, puesto sobre nuestros hombros, nos conducirá ilesos a través del tenebroso mar de nuestros días

Crucifijo de la capilla de Nuestra Señora de Fátima, Nova Friburgo (Brasil)

Los hombres conquistados por la sacralidad y llevados por el arrobo hasta el extremo del sacrificio son la verdadera palanca de la historia

No obstante, cuando los hombres se apartan de ese espíritu, estallan las crisis: los individuos se cierran en sí mismos, la convivencia se convierte en una fútil disputa por el prestigio, las ceremonias pierden su sabor y su razón de ser, la existencia se hunde en el vacío.

Pero hay una escalera para volver a la luz. Isaías profetizó así acerca del Mesías: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado» (9, 5). ¿Qué llevó Jesucristo «a hombros»? La cruz, postrer fruto de la sacralidad; la cruz, timón de la historia que, puesto sobre nuestros hombros, nos conducirá ilesos a través del tenebroso mar de nuestros días.

---

[1] Las reflexiones expuestas en este artículo acerca de la sacralidad han sido extraídas, a grandes rasgos, de una serie de conferencias impartidas por el Dr. Plinio en 1967.

[2] Corrêa de Oliveira, Plinio. «Noção de sacralidade». *In*: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XVII. N.º 200 (nov, 2014), p. 20.

[3] *Idem*. *Conferencia*. São Paulo, 5/11/1968.

[4] *Ibid*.

[5] Santa Teresa de Lisieux. «Si j'étais la Reine du Ciel». Prière 21. *In*: *Œuvres Complètes*. Paris-Bilbao: Cerf; Desclée de Brouwer, 2006, p. 976.

[6] Cf. Lenotre, G. *Gens de la vieille France*. Paris: Perrin, 1919, pp. 84-85.

[7] Cf. Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. II-II, q. 103, a. 2.

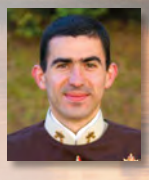
[8] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Charla*. São Paulo, 15/4/1967.

[9] Cf. *idem*. *Revolución y Contra-Revolución*. Bogotá: Fundación Salvadme Reina, 2024, pp. 119-121.

[10] *Idem*. *Conferencia*. São Paulo, 8/4/1967.

Trascendiendo, hacia lo Absoluto

La visión sublime nos confiere un conocimiento que, fundado en la fe, contempla como en un espejo lo que es perfecto y, guiado por el Espíritu Santo, es capaz de penetrar en lo Absoluto.



Santiago Vieto Rodríguez

Se dice que Rubens pintó más de dos mil quinientos cuadros,[1] muchos de ellos de enormes dimensiones, en los que abordaba temas tan complejos como los religiosos y los históricos. De ello se deduce que este célebre artista completó aproximadamente una obra por semana durante cincuenta años, sin interrupción. Prodigioso, sin duda alguna, si tenemos en cuenta que tan sólo vivió 62 años…

Sin embargo, por muy fértil que sea la imaginación de un hombre, y por muchos años que viva para perpetuar sus impresiones con pigmentos sobre lienzos o tablas, la magnitud de su producción creativa nunca podrá compararse con la del Artista supremo, que cada día nos sorprende con nuevas maravillas.

Basta, por ejemplo, con asomarnos por la ventana al despertarnos. El majestuoso astro rey despunta entre las nubes, a veces plácidas, a veces amenazadoras; festivas, cándidas, lúgubres o incluso sugerentes de criaturas míticas, que evocan constantemente otras realidades y se transforman a cada segundo en momentos únicos que nunca se repetirán en la historia.

La infinitud de la obra divina, reflejada en un único aspecto de la creación, como las auroras, posee tal riqueza que un alma sedienta de virtud puede, cada día, renovar sus fuerzas ante este espectáculo sublime y alimentar la esperanza de la eternidad junto a Aquel que es invariablemente el mismo, aunque siempre distinto y sorprendente, inagotable, infinito.

¿Dónde está la verdad?

No obstante, un hermoso paisaje puede contemplarse desde diferentes perspectivas.

Un científico, por ejemplo, al referirse a las nubes, dirá que se trata de gotitas microscópicas suspendidas en la atmósfera, producidas por la condensación del H_2O. Y nos preguntamos: ¿Es sólo eso?

Si, justo después de esta definición, alguien le dijera a un niño inocente que Dios construye cada día magníficos palacios de cristal para que los ángeles puedan habitarlos y, desde allí, contemplar el sol, sin duda el pequeño, encantado, aceptaría con mayor entusiasmo aún esta última explicación… ¿Actuar así sería engañarlo?

Es cierto que el científico posee unos conocimientos técnicos más refinados, pero el niño, por increíble que parezca, está más cerca de alcanzar la verdad, que trasciende la mera materialidad de las cosas para remontarse a sus causas superiores.

Ambos contemplan la realidad, pero el niño la sublima.

El arte de sublimar

El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira[2] explicaba que lo sublime es un grado de belleza que no guarda proporción con el hombre, sino con Dios. Es una especie de luz que baña la realidad, capacitándonos para descubrir sus aspectos más elevados, con especial énfasis en aquellos que nos guían hacia la contemplación devota.

Así, también podemos entender lo sublime como «el aspecto de las personas y las cosas por el que más se asemejan a Dios».[3] Ahora bien, la percepción de lo sublime, como participación en la sabiduría divina, nos permite distinguir la belleza de todos los seres a la luz de la verdad, en su esencia original y su finalidad última.

La sublimación es, por tanto, hacer que la realidad se ajuste más al Creador, sacándola de una dimensión meramente humana para trascender hacia lo Absoluto.

Y como es designio divino que el hombre complete la obra creadora en la búsqueda de la perfección, con la ayuda de la gracia, el arte de sublimar consiste, en última instancia, en cumplir el primer mandamiento. Significa estar en un continuo movimiento de «teotropismo» —procurar a Dios—, meta y misión altísimas, que sólo pueden alcanzarse cuando lo temporal se une a lo eterno.



La percepción de la sublimidad nos lleva a distinguir la belleza de todos los seres y, a la luz de la verdad, a contemplar los reflejos del Creador en la infinitud de la obra divina

Bradley Dunn / Unsplash

Una forma de conocimiento no excluye a la otra

En un mundo cada vez más positivista, optar por un estado de espíritu de sublimidad que trascienda la visión pragmática de la realidad supone librar una épica batalla a contracorriente —y una verdadera prueba de fe—. Tal actitud se considera socialmente «incorrecta».

La mera ciencia humana, aunque nos ofrece un conocimiento aparentemente más preciso de las criaturas, nos conduce a una verdad limitada y a resultados que a menudo varían con el tiempo. La visión sublime, en cambio, nos confiere un conocimiento aparentemente menos exacto, pero que, fundado en la fe, contempla como en un espejo (cf. 1 Cor 13, 12) lo que es perfecto y, guiado por el Espíritu Santo, es capaz de penetrar en lo Absoluto.

Pero conviene aclarar que una forma de conocimiento no excluye a la otra, pues sólo cuando se unen se perfeccionan. De hecho, podemos constatar repetidamente en distintas ramas del saber humano, incluso en las más modernas, que, cuanto más precisos se revelan nuestros conocimientos científicos, más potentes se vuelven los trampolines que impulsan la interpretación anagógica de la realidad.

La esperanza de nuestro mundo

Es en la contemplación embelesada de la creación, a través de la cual nos elevamos a lo sobrenatural, donde encontraremos la solución a la crisis que amenaza con deshumanizar a la humanidad, separándola de su origen y anulando su propia finalidad, al privarla de la sublime facultad de sublimar.

No tenemos excusa, porque si perecemos es por falta de asombro, y no por falta de maravillas.[4] Necesitamos reaprender a contemplar no sólo nuestro entorno material, sino también, y especialmente, lo sobrenatural, que nos trasciende y hacia lo cual debemos dirigirnos siempre con espíritu de humildad, admiración y oración amorosa.

El desinterés por lo sublime constituye la señal más clara de que es urgente buscar la virtud, pues «la santidad es la única forma plena de sublimidad, en la que se sustentan todas las demás sublimidades».[5]

¿Será acaso nuestro *modus vivendi* cada vez más artificial y egocéntrico, menos reflexivo y contemplativo —con su seducción magnética de las pantallas, que acaparan nuestra atención con sus torrentes de información narcisista y superflua; la hipercomunicatividad, las velocidades vertiginosas y los estímulos constantes a los que nos sometemos— el responsable de esa decadencia? Una pregunta compleja, cuya respuesta requeriría un estudio mucho más exhaustivo.

Lo cierto es que cada acto nacido de la contemplación y, más aún, imbuido de sacralidad y realizado por caridad, significa edificar la ciudad donde Dios y la humanidad habitan juntos, en contraposición a la «nueva torre de Babel»,[6] que antepone la practicidad hedonista al esplendor de la verdad, es decir, la belleza.

Pidamos, pues, a la Santísima Virgen, Madre de todas las sublimidades, que nos ayude a elevarnos siempre hacia lo más sublime, es decir, a volar hacia Ella, cuyo trono está sobre las nubes (cf. Eclo 24, 7).

---

[1] Cf. Parramón Vilasaló, José María. *El gran libro de la pintura al óleo*. 14.ª ed. Barcelona: Parramón, 2000, p. 30.

[2] Cf. Corrêa de Oliveira, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 11/10/1965.

[3] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Charla*. São Paulo, 4/6/1988.

[4] Cf. Chesterton, Gilbert Keith. *Tremendas trivialidades*. Campinas: Ecclesiae, 2012, p. 13.

[5] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 11/10/1965.

[6] León XIV. *Magnifica humanitas*, n.º 1.



Construyendo para la eternidad



Bradley Weber (CC by 2.0) / Archivo Revista

Tal era el sentido más augusto de la cristiandad: dar cuerpo a las enseñanzas del Verbo encarnado, traducir la verdad en estilos de vida, plasmar en elementos visibles la belleza impalpable del mundo sobrenatural.

Pedro Gusson Angelune Martins

Turistas en una catedral medieval. La escena refleja bien la paradoja en la que vive el hombre occidental. Hijo del progreso, no consigue desprenderse de la tradición. Jamás se construiría una residencia de estilo gótico. Vive en el presente, planea el futuro, pero disfruta de sus vacaciones en el pasado. La catedral, como tantos otros monumentos antiguos, lo deslumbra, lo arrebata, lo fascina; sin embargo, no logra convencerlo de que fue erigida en un mundo real, por hombres de carne y hueso: aquellos medievales que no dedicaban sus momentos de descanso a visitar monumentos, sino que vivían en ellos.

Nuestros turistas, no obstante, no se detienen en tales reflexiones. El tiempo es demasiado escaso. Se contentan con algunas fotografías efímeras, tomadas con efímeros *smartphones*, de esa obra eterna. Pronto acabarán sus días de asueto y ahí estarán, abandonando aquel sueño de piedra para regresar a la realidad de hormigón. Hasta las próximas vacaciones, en las cuales ya proyectan visitar otros bellos monumentos, ruinas de la cristiandad.

Cristiandad. La mera sonoridad de este vocablo evoca tiempos dichosos, una edad de luz, no de tinieblas, en que la «filosofía del Evangelio gobernaba los Estados».[1] En efecto, el espíritu de la Iglesia católica era antaño la savia de la civilización. La cristiandad medieval floreció magnífica, como uno de los frutos más hermosos que ha dado la Esposa Mística de Cristo.

Hoy vivimos de su recuerdo. Sus ruinas despiertan una nostalgia incomprensible que atrae a miles de visitantes cada año.

La civilización cristiana vio la luz y fue bautizada por la sangre y el agua que brotaron del costado abierto del Salvador pendiente de la cruz

Por encima de todo reinaba la cruz

¿Cuándo vio la luz la civilización cristiana? Inútil sería intentar establecer una fecha concreta. Quizás surgiera cuando Clodoveo nació a la vida de la gracia, o bien con la promulgación del Edicto de Milán, que concedió libertad a la fe cristiana —dirán algunos—. En realidad, su bautismo fue el de la sangre y del agua que brotaron del costado abierto del Salvador pendiente de la cruz, y el edicto que le dio origen fue la propia Palabra de la verdad, que «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14).

Si la Iglesia —y su divino Fundador— ya contenía en sí, como brote vigoroso, la civilización entera con todos sus esplendores, fueron necesarios siglos para que esa flor se abriera y perfumara la faz de la tierra. En los albores del siglo IX, en una fría noche que evocaba aquella en la que la Luz eterna vino al mundo, se sentaron las bases para la formación de Europa.[2] Cuando Carlomagno —llamado *pater Europae*[3]— recibió la corona de manos del sumo pontífice, se manifestó como nunca antes la unión entre el poder es-

piritual y el temporal. El orbe estaba representado en la diadema del emperador: por encima de todo reinaba la cruz.

Tal era el sentido más augusto de la cristiandad: dar cuerpo a las enseñanzas del Verbo encarnado, traducir la verdad en estilos de vida, plasmar en elementos visibles la belleza impalpable del mundo sobrenatural y, en definitiva, hacer que el oro, la plata, el cristal y la piedra se amoldaran al Evangelio. Y que el hombre de barro que los contemplaba se convirtiera cada vez más en imagen de Dios.

Servirse de la materia para alabar al Creador

Se equivocaría quien pensara que el espíritu de la Iglesia se asienta en la mera ascesis o en la negación de lo material. Aunque predica la mortificación como camino hacia la virtud, nunca ha condenado la materia en sí misma; tal negación es propia de herejías paganas y gnósticas.

En efecto, si en el sexto día de la creación «vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gén 1, 31), la Iglesia considera que el conocimiento sensible puede ofrecer elementos para nuestro perfeccionamiento. La admiración ante las maravillas creadas es una dádiva del Altísimo y ha de emplearse para glorificarlo.

El espíritu de la Iglesia aspiraba a amoldar la materia a las enseñanzas de Cristo y a transformar la tierra en una antesala del Palacio celestial

En este sentido, la cristiandad es eminentemente *realista* —«real» tiene su étimo en *res*, «cosa»—, de modo que, mediante técnicas que aún hoy asombran a la ingeniería moderna, erigió torres de más de cien metros de altura. A diferencia de nuestros contemporáneos, los medievales no pretendían rascar el cielo. Querían traspasar los límites de la bóveda celeste para tocar el trono de Dios.

Ese realismo aspiraba a transformar la tierra en una antesala del Palacio celestial: no contento con contemplar la luz del sol, descubrió los vitrales, como los conocemos hoy. El hombre vio cómo las paredes se convertían en cristal y empezó a percibir la claridad con los colores del Paraíso.

Ese realismo supo, además, ver en el mar el pavimento perfecto para las calles de una ciudad de fábula. Así nació Venecia. Y ese realismo, aplicado de este modo, tiene un nombre propio: *sacralidad*.[4]



Wolfgang Moroder (CC by-sa 3.0) / kallema (CC by-sa 4.0)

El realismo medieval supo ver en el mar el pavimento perfecto para las calles de una ciudad de fábula: así nació Venecia

Aspectos de Venecia (Italia). En la página anterior: crucifijo procesional - Colección particular; de fondo, interior de la catedral de Notre Dame de París



Reproducción



Andy Luo / Unsplash



Myrabella (CC by-sa 3.0)

Patrick Hendry / Unsplash

Pese a que la época luminosa de la Edad Media había quedado atrás, la civilización cristiana, ya decadente en muchos aspectos, no dejó de dar frutos que superaban cualquier expectativa. Agonizante, reveló esplendores aún desconocidos para el hombre, como un cisne moribundo que en el límite de su existencia hace resonar su canto más bello.

Entonces, la cristiandad aún engendraría el palacio de Versalles, con sus grandiosos salones y galerías, con sus jardines de perfecta simetría, con una grandeza de conjunto digna de servir de marco al reinado de un monarca que se atrevió a compararse con el Sol. ¿Y qué decir de Neuschwanstein? Este castillo fantástico, enclavado en un paisaje tan maravilloso como el propio edificio, se empeña en demostrar que lo irreal puede existir y cautivar.

Aunque la época luminosa de la Edad Media había quedado atrás, la civilización cristiana, decadente en muchos aspectos, no dejó de producir frutos que superaban cualquier expectativa

La cristiandad resucitará con mayor esplendor, cual aurora triunfante, para recordarnos que en este mundo las tormentas no son eternas

De arriba abajo: castillo de Neuschwanstein (Alemania); palacio de Versalles y su Galería de los Espejos (Francia)

¿Puede morir la cristiandad?

Hoy, todo esto subsiste sólo en monumentos inertes, deshabitados por los hombres que les dieron origen. He aquí el estado actual de lo que fue la cristiandad: un cuerpo sin alma.

Pero ¿habría muerto la cristiandad?

La pregunta es tan difícil de responder como incierto resulta determinar el momento en que el crepúsculo se transforma en noche. A menudo, los colores más bellos del firmamento surgen cuando el sol ya ha desaparecido. Al cabo de un instante, se encienden las estrellas, aún tímidas. Los tonos cálidos se mezclan con el azul profundo. Enseguida, el cielo no es más que un velo negro en el que centellean fragmentos de diamante. La escena conserva su esplendor, pero el astro rey ya no está allí. Las tinieblas se han apoderado de todo…

Vivimos la noche de la civilización cristiana. Después de siglos de descristianización, las costumbres, la influencia y el espíritu de la Iglesia se han desvanecido en Occidente. Han sobrevenido crisis de todo tipo, que nos han llevado a la presente oscuridad.

Pero, tras esta muerte aparente, lo que viene no es la noche eterna, sino el alba de una era más brillante.

La cristiandad atravesará los siglos, resucitando con mayor esplendor, cual aurora triunfante sobre la oscuridad o arcoíris dibujado entre las nubes negras de una tempestad que se aleja, para recordarnos que en este mundo las tormentas no son eternas; lo es el Sol que brilla sobre ellas.

---

[1] León XIII. *Immortale Dei*, n.º 9.

[2] Cf. San Juan Pablo II. *Discurso*, 24/3/2004.

[3] Del latín: «padre de Europa».

[4] Véase el artículo «Timón de la historia», en esta edición.



La vocación del arte sacro

Catecismo de la Iglesia Católica

§§2502-2503 El arte sacro es verdadero y bello cuando corresponde por su forma a su vocación propia: evocar y glorificar, en la fe y la adoración, el Misterio trascendente de Dios, Belleza supereminente e invisible de Verdad y de Amor, manifestado en Cristo [...]. Por eso los obispos deben personalmente o por delegación vigilar y promover el arte sacro antiguo y nuevo en todas sus formas, y apartar con la misma atención religiosa de la liturgia y de los edificios de culto todo lo que no está de acuerdo con la verdad de la fe y la auténtica belleza del arte sacro.

Al definir la esencia y la finalidad del arte sacro, el *Catecismo* pone de relieve que éste tiene la sublime misión de manifestar los misterios de Dios. Por lo tanto, no puede concebirse desde una perspectiva utilitaria o pragmática, supeditada a las tendencias artísticas, los estilos y las modas efímeras de la modernidad. Por el contrario, cuando el verdadero arte sacro nace de la fe y es moldeado por el talento humano bajo la inspiración del Espíritu Santo, constituye una senda luminosa que conduce a los fieles a la Suma Belleza.

Se trata aquí de la *via pulchritudinis*, concepto teológico mencionado con frecuencia por Benedicto XVI,[1] que propone la belleza —precisamente a través del arte sacro y de la liturgia— como vía privilegiada para abrir la mente humana a la contemplación de Dios.

En efecto, el arte sacro, cuando está impregnado de la fascinante fuerza de la belleza, es capaz de causar un profundo impacto en cualquier persona, superando así los cauces clásicos de la reflexión teórica para alcanzar a Dios. El Altísimo se hace accesible a los sentidos humanos por medio de pinturas y frescos, imágenes y esculturas, vitrales y mosaicos, instrumentos y cánticos sagrados. Los templos, al reunir esos elementos, se convierten en una suerte de relicarios; su esplendor invita a la celebración solemne de la liturgia.

A la luz de estas reflexiones, se entiende mejor la exigencia del párrafo 2503, transcrito más arriba, cuando establece que corresponde a los obispos «apartar [...] de la liturgia y de los edificios de culto todo lo que no está de acuerdo con la verdad de la fe y la auténtica belleza del arte sacro». Esta disposición resume la enseñanza de la constitución *Sacrosanctum concilium*, cuyo tenor es aún más tajante: los prelados deben procurar que «sean excluidas de los templos y demás lugares sagrados aquellas obras artísticas que repugnen a la fe, a las costumbres y a la piedad cristiana y ofendan el sentido auténticamente religioso, ya sea por la depravación de las formas, ya sea por la insuficiencia, la mediocridad o la falsedad del arte».[2]

En resumen, cuando el arte sacro se distancia de su esencia de sacralidad, renunciando a su misión de ser reflejo de la infinita belleza de Dios, pierde su propia identidad y se vuelve profano y banal.

En un mundo que se aleja de la *via pulchritudinis*, resulta hoy aún más urgente la tarea de los pastores de preservar el auténtico arte sacro, libre de estilos desvinculados del verdadero sentido religioso, como oportunamente determinó el Concilio Vaticano II.



Antonio Carneiro

Llamado a reflejar a Dios y manifestar sus misterios, el arte sacro pierde su propia identidad y se vuelve profano y banal cuando se distancia de su esencia de sacralidad

«Virgen Blanca» - Catedral de Toledo (España)

[1] Véase, por ejemplo: Benedicto XVI. *Discurso*, 21/11/2009.

[2] Concilio Vaticano II. *Sacrosanctum concilium*, n.º 124.



Belleza útil y necesaria

Al analizar diversas construcciones del pasado, el Dr. Plinio se maravillaba al encontrar en ellas, casi como un rasgo común de su arquitectura, la belleza unida al sentido práctico, con proporciones que respetan a la criatura humana y la ayudan a elevarse hasta Dios.

Plinio Corrêa de Oliveira

La Edad Media fue una época en la que, bajo la inspiración de la Iglesia, la plena funcionalidad y la plena belleza estuvieron absolutamente unidas. No se trata de una afirmación mía, de un contrarrevolucionario, sino de algo que aparece en todos los libros de arquitectura dedicados al arte gótico medieval, funcional en todos sus detalles.

Una columna convertida en obra de arte

Consideremos, por ejemplo, el pórtico de la catedral de Amiens. En el centro de esa magnífica puerta hay una columna, indispensable para sostener el pórtico y el edificio; sin embargo, fue convertida en obra de arte, impidiendo que se vea a primera vista el fondo de la catedral y proporcionándole así una hermosa sorpresa a quien entra.

En medio de la columna se halla la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, como era costumbre representarlo en las entradas de las catedrales, indicando que Él es quien divide el destino humano: los que van a la salvación y los que van a la perdición. Él es la piedra de escándalo, como dijo el profeta Simeón, puesto como signo de contradicción (cf. Lc 2, 34). He aquí el papel histórico de Cristo representado; he aquí la funcionalidad unida al pensamiento y al arte delicado.

La magnífica catedral de Reims

Contemplemos la fachada de la catedral de Reims, donde se coronaban los reyes de Francia antes de la Revolución francesa. ¡Qué magnífica es! Ni siquiera me atrevo a describirla: tanta arquitectura, tanto arte…

¿Cuál es, por ejemplo, la razón de unos pórticos tan profundos? Era para que los pobres y mendigos, que durante las tormentas no tenían adónde acudir, pudieran refugiarse bajo los maternos umbrales de la iglesia, sobre todo en aquellas épocas en las que los establecimientos comerciales eran más pequeños. ¡Cuánto arte hay en un diseño tan funcional!

Las torres son símbolo de la grandeza y la eternidad de Dios, de la grandeza y la perpetuidad de la Santa Iglesia Católica. No obstante, son altas y grandiosas por una necesidad: en ellas se encuentran las campanas que deben oírse en toda la ciudad y sus alrededores.



La Edad Media fue una época en la que, bajo la inspiración de la Iglesia, la plena funcionalidad y la plena belleza estuvieron absolutamente unidas

Interior de la catedral de Reims (Francia); destacado, pórtico de la catedral de Amiens (Francia)

CEphoto, Uwe Aranas (CC by-sa 3.0)

Reproducción

La catedral no puede permanecer en la oscuridad. Por eso, se construyeron magníficos rosetones. A través de los vitrales, la luz entra de forma armónica, no en gran cantidad, sino sólo la necesaria, porque el recogimiento requiere media luz. La iluminación guarda proporción con el tamaño del edificio; así pues, las dimensiones de los vitrales están calculadas en función del grado de luz que se desea en el interior del recinto. ¡Qué luz tan hermosa, equilibrada y armónica!

¿Para qué se estudiaron los magníficos colores, que convierten los vitrales en verdaderas joyas? En primer lugar, porque la iglesia es un edificio sagrado y, como tal, debe contener enseñanzas de la Historia Sagrada y de la religión. Con este objetivo, en los vitrales hay mil figuras representadas, las cuales explican puntos de la doctrina católica y de la historia de la Iglesia. Se dice que los vitrales eran la Biblia de los analfabetos.

Alguien podría objetar: «¡Conque había analfabetos en la Edad Media!…». Y yo le contesto: «Sí, pero ¡qué Biblias tenían! ¡Qué manera de aprender a leer! ¡Qué contraste con los pequeños manuales de aprendizaje de las escuelas modernas…! ¡Qué fausto!». Además, hay que decir lo siguiente: en comparación con todas las épocas anteriores, la Edad Media fue el período en el que más se trabajó por la alfabetización del hombre. Tanto es así que, cuando terminó la era medieval, apareció la imprenta. ¿Cómo podría ésta tener tanta importancia si nadie supiera leer ni escribir?

La catedral era el palacio de los pobres. Era suntuosa, y hasta el último de ellos podía entrar allí y sentirse como en casa, como un rey, un potentado, un hombre muy rico. Eran tesoros de arte puestos a disposición del pueblo de Dios. ¡Con cuánto arte están representados personajes de la historia y de la cristiandad, reyes y profetas del Antiguo Testamento!

Pero todo eso tiene la función —además de proteger del viento, de la lluvia y de la nieve y dirigir la luz— de enseñar y encantar a las almas. Los vitrales son, por tanto, la alianza entre el mejor gusto y la funcionalidad más estricta.



Andrew Parlette (CC by 4.0)

El arte es necesario para el equilibrio del alma humana y para llegar a Dios

Catedral de Orvieto (Italia)

El edificio necesitaba muchas columnas, debido al sistema constructivo de aquel tiempo. Pero ¡qué ligeras, delicadas y artísticas son en comparación con las inmensas columnas modernas, que parecen haber sido construidas en el momento de un crimen, para tener debajo a un hombre aplastado, dando a veces la impresión de conducir al Infierno! Las columnas medievales no aplastan: ¡el espíritu se eleva a lo largo de ellas, pues conducen al Cielo!

La catedral de Orvieto, una sinfonía de colores

Otro ejemplo es la magnífica catedral de Orvieto, en Italia, cuya originalidad con respecto a otras catedrales medievales radica en su parte exterior, donde predominan las pinturas en lugar de las esculturas —¡y qué pinturas!—. Espléndidos mosaicos resistentes a la acción de la luz y al paso de los años, y que convierten la catedral en una sinfonía de colores.

¿Cuál es la razón de esta decoración? Sin duda, el arte. Y aquí ya estamos llegando a la gran conclusión: el arte es necesario para el equilibrio del alma humana y para llegar a Dios. Así, como manifestación de belleza, es absolutamente funcional.

Pero, por otro lado, existe la siguiente ventaja: además de servir de enseñanza para quienes pasan por allí, los mosaicos protegen muy bien el edificio de las inclemencias del tiempo, ya que son muy duraderos y están perfectamente conservados. La catedral se encuentra, en su totalidad, en tal estado de conservación que se diría construida ayer. Sin embargo, arrostra los siglos. No con aquella vejez magnífica y venerable de las antiguas catedrales de granito, sino con esa durabilidad que habla de lo eterno, propia de la catedral de Orvieto. ¿Qué cuadro tiene colores tan frescos, que expresan un esplendor, una lozanía de alma tan magnífica? Todo en esa construcción apunta al Cielo.

La ligera y majestuosa Torre de Belém

La Torre de Belém, en Portugal, construida con un material tan blanco que, a la luz de la luna —como cuando la vi—, parece hecha de luna, es tan



«¡Cuánto respeto hacia la criatura humana hay en una construcción como ésa! El hombre se siente plenamente atendido, protegido, defendido y guiado hacia Dios!»

hermosa que se diría concebida por un artista extravagante en un lugar poético. No obstante, está situada junto a la desembocadura del río Tajo, frente al océano, en un punto indispensable para avistar al enemigo que se aproxima. Las garitas eran necesarias para resguardar a los soldados, y las almenas, imprescindibles para defenderlos. En su parte inferior se encuentran las troneras para los cañones. Todo calculado para una fortificación marítima estrictamente útil.

Desde cierto punto de vista, la torre, tan ligera con sus almenas y torreones, parece un juguetito; pero, tan majestuosa y fuerte, da la impresión de una verdadera fortaleza. Y era una fortificación tan eficaz que, para las condiciones de la época, infundía miedo a cualquier osado que deseara adentrarse en el Tajo.

Existe también otro significado: cuando las escuadras portuguesas zarpaban hacia las Indias, la población, e incluso los reyes, iban a despedirse de la tripulación. Las autoridades se situaban en la terraza junto al rey con su corte; las banderas y los estandartes de Portugal ondeaban al viento; había una gran despedida y una gran separación de aquellos que partían hacia la aventura, el apostolado, la grandeza de la cristiandad y de la nación portuguesa.

Imaginemos allí una serie de pendones y tapices riquísimos; el rey con la reina y su corte, despidiéndose de los barcos que parten para descubrir nuevas tierras y traer nuevos pueblos a la Iglesia Católica Apostólica Romana, llevando en los mástiles la cruz de Cristo. ¡Es un escenario magnífico! Tan bonito que parece haber sido construido sólo para esa escena épica. Allí encontramos belleza conjugada con lo práctico: un mirador estupendo y, sin duda, muy funcional. ¡Cuánto respeto hacia la criatura humana hay en una construcción como ésa! El hombre se siente plenamente atendido, protegido, defendido y guiado hacia Dios.

Algo similar ocurre también con ciertos puentes fortificados. Compárenlos con esos «tableros» modernos… no son más que bloques colocados sobre un abismo, mediante una técnica aterradora, y por los que circulan los automóviles.

Alguien dirá: «¿Por qué adornar un puente con torres? Son muy bonitas, se reflejan en el agua de forma agradable, pero ¿qué utilidad tienen?». Tienen la siguiente utilidad: cada torre situada en el puente era una fortificación. Y si el enemigo penetrara por un lado, necesitaría librar tres batallas antes de entrar en la ciudad. Es arte, buen gusto y utilidad.

Donde está el alma, debe estar la belleza

El castillo de La Rochepot tiene algo muy hermoso: el precioso colorido de su tejado, que es alegre, festivo, hecho para ser visto desde lejos, como si anunciara que hay algo bello en la construcción.

En la forma del tejado se aprecia el cuidado por evitar la acumulación de nieve. Es la funcionalidad plasmada en una manifestación artística. El sentido común de siglos pasados mostraba que el arte debe estar presente, pues dondequiera que esté el hombre, está, ante todo, el alma; y donde está el alma, debe estar la belleza.

Otro tejado hermosísimo es el del hospital Hôtel-Dieu, en Francia. Ésa era la preocupación de nuestros antepasados: poner el arte por todas partes, sin nada que no fuera práctico. Es sumamente funcional; se tienen en cuenta la naturaleza espiritual del hombre y su finalidad religiosa.

Para demostrar que construir cosas así no es un privilegio del alma medieval —basta con que el hombre quiera hacerlas y disponga de una sólida tra-



De izquierda a derecha: Torre de Belém - Lisboa; castillo de La Rochepot (Francia); catedral de Ruan (Francia). Destacado, el Dr. Plinio en 1990

dición católica tras de sí—, consideremos uno de los castillos del rey Luis II de Baviera. Construido en el siglo pasado,[1] el edificio posee el sabor y la belleza medievales. ¡Qué hermoso es! ¡Qué grandeza manifiestan los precipicios rocosos! Es una reviviscencia de la Edad Media, diríamos, casi en nuestros días.

Paz, seriedad, felicidad

Consideremos también Ruan, la ciudad donde fue quemada Santa Juana de Arco. Las casitas burguesas que se ven allí transmiten una sensación de intimidad. Da la impresión de que quienes las habitan viven en un recogimiento y una calma muy grandes. A veces, hay pequeños salientes en los edificios; posiblemente el padre mandaba construir una habitación adicional cuando nacía un niño en la familia. El resultado es tan pintoresco y tan interesante que constituye el encanto y la gracia de la casa.

Pues bien, de entre esas casitas se alza la torre de la catedral de Ruan, con un enorme ímpetu hacia el cielo. ¡Cuánto se asemeja a la inmensa majestad de las realidades divinas! La torre se eleva por encima de la pequeña ciudad comercial, como la religión se eleva por encima de todas las cosas terrenales. Se diría que la torre se va estrechando a medida que asciende, casi convirtiéndose en cielo; no está claro si su cúspide es más aire que tierra, o más luz que piedra. Es como si infundiera deseos de subir; ¡invita a la elevación del alma!

En el prefacio de la historia de Santa Isabel de Hungría, Charles de Montalembert narra que un mahometano prisionero de los cruzados recibió permiso para viajar por Europa y, al conocer las catedrales, preguntó quién las construía. Entonces le presentaron a un hermano lego de un convento:

—Él es uno de los hombres que construyen estos monumentos.

Sorprendido, preguntó:

—¿Cómo pueden hombres tan humildes construir edificios tan imponentes?

Así es el alma católica: humilde en sí misma, pero insaciable en su deseo de dar gloria a Dios. En la catedral de Ruan se canta la gloria de Dios a través de una aguja que se eleva por encima de todos los edificios de la tierra. Ésa es la Iglesia católica por encima de la sociedad temporal; se encuentra por encima de todo.

Por la ciudad discurre el río Sena, con piedras en sus márgenes; por las calles —lejos de ser autopistas— se podía pasear tranquilamente conversando, rezando, deteniéndose, reflexionando. Era una vida hecha para el pensamiento, para el recogimiento y para un trabajo que no agobia, propio de los hijos de Dios.

¿No parece mucho más agradable la vida cotidiana en una pequeña ciudad medieval que en las inmensas construcciones modernas? Las proporciones eran humanas, nada abrumaba, no había confusión ni laberintos. Al contrario, había paz, seriedad, trabajo ordenado, serenidad de ánimo; sobre todo, recogimiento, piedad, felicidad.

Extraído, con adaptaciones, de: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XXIV. N.º 285 (dic, 2021), pp. 28-35; Año XXVI. N.º 304 (jul, 2023), pp. 32-35.

---

[1] El castillo de Neuschwanstein, construido en la segunda mitad del siglo XIX.

Obras de Claude Lorrain

Poesías en pintura

Así como la luz del sol da vida a todas las cosas, Claude Lorrain supo conferir algo de celestial a la realidad terrena, y sus cuadros elevan nuestro espíritu al Cielo.



Hna. Priscilla Stephanie Lourenço Cerqueira

A lo largo de la historia, el hombre ha procurado de varias maneras representar en el arte la naturaleza que lo rodea, trascendiendo la mera realidad y enriqueciéndola —a través de esplendores, proporciones o colores— con algo de su propia percepción y de su anhelo de lo maravilloso.

Esta tendencia a sublimar las realidades terrenales adquirió nuevos matices después de que el hombre perdiera, a causa del pecado, el Paraíso de delicias y bellezas incomparables concedido por Dios, por el que siente una profunda nostalgia. En esta tierra de sufrimientos, se siente como un rey destronado, un príncipe exiliado de su verdadera patria y, en tan penosa situación, o bien tratará de recobrar algo de la sublimidad del Edén, o bien afeará y destruirá lo que le queda, entregándose a las pasiones desordenadas y degradándose, en un gesto de rebeldía similar al de Lucifer.

Al buscar los aspectos paradisíacos de las cosas, el alma humana persigue, en última instancia, la perfección divina, aunque sea a tientas, y en este acto de alabanza cumple aquello para lo que ha sido creada. Además, a través del arte, el hombre, pobre desterrado, tiene la garantía de que el Señor está y permanecerá con nosotros hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28, 20) y que, al término de esta vida, podrá alcanzar en el Reino de los Cielos la felicidad perfecta, el Paraíso de los hijos de Dios, incomparablemente superior al Paraíso terrenal.



Al buscar el aspecto paradisíaco de las cosas, el hombre persigue, en última instancia, la perfección divina

Autorretrato del pintor Claude Lorrain; arriba, «Paisaje pastoral» - Instituto de Arte de Minneapolis (Estados Unidos)

Por estas y otras razones, la Santa Iglesia ha sido en todas las épocas maestra, impulsora y guardiana de cuanto maravilloso ha habido en el mundo; bajo su custodia, las más diversas expresiones artísticas han alcanzado un desarrollo extraordinario.

Con espíritu de oración, pues, admiremos en estas páginas las obras del pintor Claude Gellée, más conocido como Claude Lorrain, un luminoso ejemplo —en el pleno sentido del término, como se verá— del intento del hombre por sublimar las realidades terrenas.

El pintor del sol

Entre los numerosos artistas del siglo XVII, algunos incluso anónimos, Claude Lorrain destaca por la belleza y el esmero de sus obras. Originario de Lorena, en el este de Francia, como tantos otros, progresó en el arte empezando como aprendiz junto a renombrados maestros de la pintura italiana.

Tras instalarse en Roma, se inspiró en las corrientes por entonces florecientes, lamentablemente licenciosas





Fotos: Reproducción

«Su estilo es diáfano, encantador, y revela una habilidad única para reproducir en sus lienzos aquello sin lo cual las cosas no serían sino lo que son: la luz del sol. Lorrain es el pintor del sol»

A la izquierda, «Escena costera con Ezequiel llorando sobre las ruinas de Tiro» - Colección privada; a la derecha, «El embarco de Santa Paula Romana» - Museo del Prado, Madrid

casi en su totalidad. Sin embargo, en su propio taller, Claude legó a la posteridad un caleidoscopio de concepciones acerca de la naturaleza y, sobre todo, una deslumbrante e inigualable representación de los efectos de la luz solar sobre paisajes, edificios, ruinas y personajes.

Al comentar sus obras, observa el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira: «Su estilo es diáfano, encantador, y revela una habilidad única para reproducir en sus lienzos aquello sin lo cual —en palabras de un poeta francés— las cosas no serían sino lo que son: la luz del sol. Lorrain es el pintor del sol».[1]

En otra ocasión, señaló: «Lo mejor de Lorrain reside en que pinta todas las cosas como si pertenecieran a una tierra concebida a modo de paraíso terrenal. Es decir, la luz que emana de su paleta confiere un aspecto paradisíaco al mundo, a la vida terrena y, desde esta perspectiva, despierta en el hombre un cierto anhelo de un orden de cosas que esté por encima del orden palpable y temporal que encontramos a diario. De hecho, al igual que Fra Angélico supo imprimir un aire sobrenatural en los rostros de sus personajes, así Claude Lorrain transmitió algo de lo celestial en sus obras».[2]

La vida en su esplendor ideal

En efecto, es notable la forma en que el pintor derrama, en innumerables matices, la cálida luz del sol sobre todos los detalles dispuestos por su imaginación en el lienzo.

Es lo que se aprecia, por ejemplo, en *El embarco de Santa Paula Romana*. Palacetes dorados bajo los rayos del atardecer, barcos listos para zarpar en cuanto estén completamente tripulados, la delicada y esbelta figura de la santa con su séquito y la vivacidad de algunos devotos que le suplican un favor o una limosna… Todo converge en un profundo y sereno análisis de la vida y de cómo sería en su esplendor ideal.

Con verdadero estro —cual músico de genio capaz de componer las diversas melodías de una sinfonía en contrapunto, en progresiones, en modulaciones—, Lorrain combina diferentes figuras y motivos con una consonancia comparable incluso a los versos de un poema. «Claude Gellée pintó la serena belleza de la campiña latina, el juego de la luz sobre las aguas de los puertos. En composiciones así ordenadas […], logró plasmar, mediante sencillas gradaciones de color, la poesía de la naturaleza y el infinito del espacio. Claude Gellée era un intuitivo y un poeta».[3]

Gravedad, exuberancia y paz

Algunas de sus obras presentan cierta dosis de melancolía. En *Escena costera con Ezequiel llorando sobre las ruinas de Tiro*, por ejemplo, vemos el intenso brillo dorado de un crepúsculo,





Fotos: Reproducción

En las escenas campestres se aprecian tanto la vitalidad de la naturaleza como la tranquilidad de los elementos que la componen

Arriba, «Paisaje con el viaje de Jacob» - Instituto de Arte Clark, Williamstown (Estados Unidos); abajo, «Paisaje pastoral» - Museo de Arte Kimbell, Fort Worth (Estados Unidos)

que proyecta un haz de luz sobre el sombrío mar de un turquesa oscuro, realzando así la conmovedora escena del profeta que lamenta las ruinas de una ciudad maldita, sobre la que el astro rey vierte sus rayos como un canto de cisne…

En cambio, en las escenas campestres, como en *Paisaje con el viaje de Jacob* o *Paisaje pastoral*, se aprecia la vitalidad saltarina de las cabras y los bueyes conducidos por Jacob y el sereno pastar de las ovejas custodiadas por los expresivos y circunspectos pastores. En esta última pintura, se saborea la tranquilidad de los animales, pues la simple presencia de sus dueños les infunde la seguridad de que nada malo les sucederá mientras estén bajo su mirada. Es la representación perfecta del versículo: «El Señor es mi pastor, nada me falta» (Sal 22, 1).

¡Que el Espíritu Santo inspire nuevos talentos!

Hay un factor mítico, surreal y maravilloso que resume la atracción casi única que ejercen los paisajes de Claude Lorrain, como lo describe el Dr. Plinio: sus obras «encierran cierto grado de "sueño". Porque todas esas reminiscencias históricas sugerían un sueño más bello que ellas mismas. Y eso es lo propio del arte. Por lo tanto, era necesario saber soñar un poco todo esto para penetrar en el fondo de la realidad. El sueño no es necesariamente una evasión de la realidad, sino que, según el caso, es una profundización en ella. […] En este sentido, el factor del sueño se vio muy bien ilustrado por Claude Lorrain».[4]

Por esos «sueños» en lienzo que son las obras del pintor francés, uno de los miles de frutos del inagotable amor del Creador por la humanidad, demos gracias al Espíritu Santo por intercesión de la Virgen y pidamos que Él siga inspirando nuevos talentos, que enriquezcan la panoplia de las bellas artes, reflejos y espejos del Dios infinito.

---

[1] Corrêa de Oliveira, Plinio. «Feerias de sol, belezas de Deus». *In*: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año III. N.º 22 (ene, 2000), p. 32.

[2] *Idem*. «Percepção do sobrenatural». *In*: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año X. N.º 116 (nov, 2007), p. 33.

[3] Duby, Georges (Dir.). *Histoire de la France. Dynasties et révolutions: de 1348 à 1852*. Paris: Larousse, 1971, t. II, p. 165.

[4] Corrêa de Oliveira, Plinio. *Charla*. São Paulo, 15/4/1983.



Dios es «pulcrífico»



P. Eduardo Miguel Caballero Baza, EP

Una cosa es decir una verdad; otra, proclamarla con elegancia. Una cosa es practicar una buena acción; otra, llevarla a cabo con dedicación. En estos casos, la elegancia y la dedicación constituyen rasgos distintivos de lo bello —*pulchrum*—, pues cuando la verdad y la bondad se unen con cierto esplendor, la belleza resplandece.

No es casualidad que haya quedado consagrada en la tradición tomista la expresión: lo bello es el esplendor del bien y el esplendor de lo verdadero —*splendor boni, splendor veri*—. En efecto, lo verdadero, lo bueno y lo bello están íntimamente relacionados. El bien es bello y verdadero, y conduce al Sumo Bien; la verdad es buena y bella, y conduce a la Suma Verdad; la belleza es verdadera y buena, y conduce a la Suma Belleza. Bien, Verdad, Belleza: Dios, el Ser por esencia, de quien procede, por participación, todo bien, toda verdad, toda belleza.

Pero ¿qué tienen de especial lo verdadero, lo bueno y lo bello? Son «modos del ente» (*De veritate*, q. 1, a. 1) o trascendentales del ente. ¿Y qué quiere decir esto? Según la filosofía perenne, se denomina *trascendental* a una propiedad fundamental del ente, que lo acompaña por el simple hecho de *ser*. Pertenece, por tanto, a todos los entes —ángeles, hombres, animales, etc.— y no sólo a una categoría particular de ellos. Aristóteles fue el primero en abordar estas nociones, posteriormente explicitadas por Felipe el Canciller (c. 1160–1236) y sublimadas por Santo Tomás de Aquino.

Partiendo de los postulados del Estagirita, el Doctor Angélico confirió a esas propiedades del ente una formulación singular, gracias a la profundidad de su metafísica. Desde entonces ha quedado más claro que lo uno, lo verdadero y lo bueno son, ante todo, atributos del Ser subsistente por sí mismo —Dios—, la medida de todo lo que posee unidad, verdad y bondad por participación en Él (cf. *De veritate*, q. 1, a. 1; q. 21, a. 1; 3; *De potentia Dei*, q. 7, a. 2, ad 9; q. 9, a. 7, ad 6).



Francisco Lecaros

Dios es la medida de todo lo que posee unidad, verdad y bondad por participación en Él, y causa de la belleza de todas las cosas

Dios Padre - Basílica de Santa Juana de Arco, Domrémy-la-Pucelle (Francia)

El Aquinate no incluye explícitamente el *pulchrum* entre los trascendentales del ser. Tampoco nos dejó un tratado específico sobre lo bello, ni dedicó a este tema la misma atención que concedió a lo verdadero y a lo bueno.

Aun así, a partir de pasajes dispersos de su obra, es posible reconstruir una genuina teoría de la belleza, según la cual se puede afirmar que el *pulchrum* es una propiedad trascendental del ser, distinta de las demás.

Santo Tomás sostiene que son bellas todas las cosas que agradan al ser vistas (cf. *Suma Teológica*, I, q. 5, a. 4, ad 1). Para algunos, muestra cierta tendencia a considerar la belleza como una propiedad física: el esplendor de la forma, que impresiona los sentidos (cf. *ibid.*, I-II, q. 27, a. 1, ad 3). Sin embargo, esta interpretación resulta insuficiente, pues el Angélico habla explícitamente de una belleza espiritual, en la que la conducta y la actividad del hombre están debidamente equilibradas por el esplendor espiritual de la razón (cf. *ibid.*, II-II, q. 145, a. 2).

De esta manera, a Dios se le puede llamar «pulcrífico», *aquel que produce belleza*, porque es la causa de la belleza en todas las cosas, transmitiéndoles luz y esplendor (cf. *Super De divinis nominibus*, c. IV, lect. 5, n.º 340). De hecho, toda belleza que pueda haber en las criaturas es una participación de la Belleza absoluta (cf. *ibid.*, n.º 346).



San Saturnino de Toulouse – 29 de noviembre

¿Quién será recordado?

El recuerdo de algunos llena las páginas del pasado; el de otros traza las líneas del futuro. El de aquellos permanece como una estatua; el de éstos vive por los siglos…



Giovanni Nazareno Clini de Figueiredo



Bo35bo35 (CC by 4.0)

Roma, señora de una gran era histórica. Al invocar su nombre, un aire de dominio irresistible invade el escenario de la mente. Pétreos, imponentes e invencibles son sus héroes; fuertes, altivos y orgullosos, sus hombres. En ella, la leyenda se funde con la historia, o mejor dicho, ¡su historia es legendaria!

Casi todo el mundo antiguo conocido estuvo sometido a la ciudad de las siete colinas. Sus emperadores, al contemplar el panorama desde lo alto de sus magníficos palacios, podían estar seguros de que pronto el orbe les haría una reverencia… En efecto, llegaría el día en que su dominio no conocería el sol poniente.

Sin embargo, un hombre subyugó —no por la fuerza de las armas, sino sólo por la influencia de su personalidad— a tan indomable señora; al convertir a la déspota de la Antigüedad en la reina del futuro, le otorgó su verdadera identidad. ¡Ese vencedor fue Jesús, a quien reconocemos como el Cristo!

Al comenzar el tercer siglo de la era cristiana, gran parte del imperio ya empezaba a iluminarse con el resplandor de la santa cruz. En la Galia romana, un heraldo pregonaba esos primeros fulgores para que el imperio no experimentara el ocaso del verdadero Sol.

En Toulouse, un cultivo

En el siglo IV antes de la Redención, Toulouse quedó bajo dominio celta y por primera vez apareció en los registros históricos.[1] Más tarde, en el 128 a. C., Roma se hizo reconocer como soberana también en esta región de la Galia bárbara. A pesar de haber sido conquistada o quizá gracias a sus dominadores, la antigua ciudad gala se mostraba cada vez más espléndida. El progreso imperial iba edificando la civilización allá donde pasaba: soberbias construcciones e interminables calzadas que asombran a los ingenieros modernos, un código de Derecho irreprochable que aún hoy nos inspira. Sólo les faltaba una cosa… o, mejor dicho, no *una cosa*, sino *un Dios*.

Este Dios único no abandonó a la humanidad a su suerte, *a fortiori* después de haber enviado a su Hijo para rescatarla. Dispuso que se propagara la Buena Nueva, ordenando: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16, 15). En el territorio de Toulouse, el primero en cumplir tal misión sería Saturnino.

Saturnino entra en la historia como un nuevo Melquisedec, de quien las Escrituras sólo dicen que era «sin padre, sin madre, sin genealogía» (Heb 7, 3). Su nombre —diminutivo de Saturno, uno de los muchos dioses de la Roma pagana— es tan común como banal para aquella época y no nos aporta ningún dato relevante acerca del personaje. Además, no se sabe con certeza si procedía del imperio o de alguna región de Oriente, ya que hay leyendas que sostienen ambas hipótesis y los relatos que ofrecen información más precisa sobre su vida se refieren a hechos posteriores a su llegada a Toulouse, cuando ya era obispo.

La historia de San Saturnino se ha convertido en objeto de numerosos mitos, que la crónica oficial poco contribuye a esclarecer, pues el *Martirologio romano* da cuenta de su existencia con lacónicas palabras. Sólo sabemos con seguridad que fue el primer prelado de Toulouse, donde dejó el recuerdo de un pastor ejemplar.

Al llegar a aquellas tierras, descubrió que eran pocos los fieles a Jesucristo; no obstante, las palabras del Verbo de Dios, transmitidas con celestial elocuencia, encontraron un terreno fértil en sus corazones y enseguida dieron «fruto al ciento por uno» (Lc 8, 8).

Piedras, espinas y abrojos…

¡Saturnino era incansable! Con verdadero celo apostólico, no sólo cuidaba de las ovejas de su reducido rebaño, sino que también se mostraba solícito con los demás miembros del Cuerpo Místico de Cristo. El santo obispo cru-

zaba a menudo los Pirineos para evangelizar el territorio ibérico. Se dice que en Pamplona llegó a bautizar —pásmese el lector— ¡cuarenta mil personas!

De regreso a Toulouse, se encontró con dos damas, hijas del rey de Huesca, y, al discernir en ellas una vocación especial, las exhortó a abrazar la fe en Cristo. Convertidas, ambas lo siguieron hasta su diócesis. En el futuro, esas jóvenes —recordadas por la Iglesia como «Santas Doncellas»— se empeñarían valientemente en recuperar los restos mortales de su obispo tras su martirio.

Con tantas almas salvadas, cabe imaginar el regocijo de los ángeles de las naciones privilegiadas por la presencia de ese insigne pastor. Sin embargo, también se puede entrever el odio de los infiernos ante la disminución de su poder… Así, pese a las conquistas de la cruz, las almas de los poderosos de la época se iban convirtiendo en un terreno pedregoso, lleno de abrojos y cultivado por el diablo (cf. Lc 8, 12-14). No tardaron mucho en hacerse patentes los frutos de tan pésimo sustrato.

En el año 250 se desató la mayor persecución contra la Iglesia jamás registrada en la Galia. Bajo el mandato del emperador Decio, se publicaron edictos que obligaban a los cristianos, bajo pena de muerte, a hacer acto público de idolatría, rindiendo culto a deidades paganas.

¿Cuál era la razón? El silencio… no de los cristianos, sino de los dioses, al que había que poner fin.

De hecho, el tiempo transcurría y, aunque los sacerdotes paganos imploraban a sus ídolos prodigios, signos y oráculos que los guiaran, la respuesta era siempre la misma: un denso silencio… Sólo podía haber una explicación para tal mutismo, pues en los últimos años alguien había trastornado la Galia: era aquel varón desconocido, cuya doctrina congregaba multitudes. ¡Saturnino era el culpable!

Con este argumento, las autoridades civiles y religiosas de Toulouse se aliaron para hacer cumplir el edicto imperial y quisieron sofocar las semillas de la fe recién esparcidas en suelo francés, reclamando la vida del sembrador.

¿Incienso o sangre?

Cierto día, unos sacerdotes paganos divisaron al obispo Saturnino caminando en las proximidades del templo de Júpiter. Tras haber excitado a la muchedumbre, quisieron obligarlo a sacrificar públicamente a los dioses.

El santo se opuso con audacia a la infame propuesta: «Yo adoro a un solo Dios y sólo a Él ofreceré sacrificio de alabanza. Vuestros dioses son malos y se complacen más en el sacrificio de vuestras almas que en el de vuestros toros. ¿Cómo voy a temerlos, puesto que vosotros mismos reconocéis que tiemblan ante un cristiano?». Tal fue la energía de su respuesta que la turba no quiso recurrir al procedimiento ordinario de condena y, considerando suficiente la aprobación tácita de los magistrados romanos, se apoderó del insubordinado obispo.

Lo ataron a un toro que estaba a punto de ser inmolado y azuzaron al animal, que echó a correr desbocado por las calles, arrastrándolo hasta despedazarlo. Sin pretenderlo, el motín popular regó con ese holocausto toda la siembra que el obispo había iniciado, y su martirio hizo brotar en aquella región una fe que más tarde daría abundantes frutos.

¡El recuerdo del justo será perpetuo!

Quizá la Roma pagana sea recordada por su pasado; la Iglesia Católica Apostólica Romana, por el contrario, jamás será olvidada, pues tiene un porvenir triunfal. Con héroes de piedra, el antiguo imperio materializó su prestigio; con santos y mártires, la siempre reinante Esposa de Cristo inmortalizó su gloria.

Saturnino, por haber mantenido la integridad de su vida hasta afrontar una cruelísima muerte, fue inscrito en el catálogo de la Santa Iglesia, y junto con esta ilustre madre, dominó durante siglos los corazones de quienes ni siquiera concebían someterse a nadie.

Así, aquel que por su nombre era pequeño se hizo grande por su ejemplo, el cual será seguido por siempre.

---

[1] Los datos históricos y biográficos que constan en este artículo han sido tomados de: Dumas, Antoine. «San Saturnino de Tolosa». *In*: Echeverría, Lamberto; Llorca, SJ, Bernardino; Repetto Betes, José Luis (Org.). *Año cristiano*. Madrid: BAC, 2006, t. xi, pp. 692-697; Butler, Alban. *Vidas de los Santos*. México, D. F.: John W. Clute, 1965, t. iv, pp. 441-442.



Reproducción

Regando con su propia sangre el suelo donde había esparcido las semillas del cristianismo, San Saturnino hizo brotar la fe en Toulouse

Martirio de San Saturnino - Misal de Jean de Foix - Biblioteca Nacional de Francia, París. En la página anterior, San Saturnino - Iglesia dedicada a él en Marcilly-sur-Maulne (Francia)

Ella siempre está a nuestro lado

Aunque las apariencias a veces digan lo contrario, en aras de un bien mayor, Dña. Lucilia siempre atiende, incluso de manera inexplicable, las incesantes peticiones de quien recurre a ella.



Elizabete Fátima Talarico Astorino

Los franceses comentan, con cierto humor, que la salud es un estado precario que siempre acaba mal… Sin embargo, esta máxima suele aplicarse de manera atenuada a quienes depositan su confianza en la intercesión de Dña. Lucilia.

De hecho, ella no sería en verdad maternal si se abstuviera —en todos los ámbitos, incluso en lo referente al bienestar físico— de satisfacer las necesidades de los que le piden su ayuda. Por ello, se puede afirmar que, además de madre, es «médica», pues atiende con desvelo realmente incansable a sus hijos espirituales.

Breve nota de agradecimiento

Basta confiarle nuestras preocupaciones mediante una sencilla oración, para ser atendidos. Así lo atestigua Carolina Gomes Nascimento, de Vale de Nogueiras, Vila Real (Portugal):

«Vengo a agradecer una gracia que recibí a través de Dña. Lucilia. Mi sobrina tuvo un problema pulmonar bastante grave. Le pedí a Dña. Lucilia que rogara a Dios y al Sagrado Corazón de Jesús por ella. ¡Y me fue concedida esa gracia! Os agradecería mucho que publicarais esta gracia. Soy suscriptora de la revista desde hace muchos años y me siento más reconfortada cuando leo vuestra revista».

Durante el embarazo, un extraño malestar

Para Michelle Cavalheiro, residente en Mairiporã (Brasil), la eficaz ayuda de Dña. Lucilia llegó en medio de una inusual molestia que surgió durante el embarazo de su cuarto hijo, João —el cual, por cierto, ella misma había pedido y obtenido gracias a la intercesión de esta bondadosa señora—.



Reproducción

Ya sea como madre o como «médica», Dña. Lucilia demuestra siempre un desvelo infatigable por sus hijos espirituales

Doña Lucilia con su bisnieto

Hacia el sexto mes de embarazo, Michelle gozaba de buena salud, los resultados de sus análisis eran excelentes y el desarrollo del bebé era completamente normal. No obstante, un sábado por la mañana se despertó con un fuerte dolor de cabeza, que se irradiaba hacia el cuello, y una sensación de malestar bastante extraño. Estas son sus palabras:

«Lo tomé como una simple molestia. Hablé con mi esposo y con los niños sobre ir andando hasta el centro comercial cerca de donde vivíamos, en Cajamar, para ver si me sentiría un poco mejor, porque a veces un ejercicio así le da a una más energía. Pero cuando llegamos al centro comercial me di cuenta de que la cosa estaba empeorando…».

Michelle se sentía que iba a desfallecer y temía desmayarse en cualquier momento. Por ello, dejó a su esposo y a los niños en la zona de juegos y se dirigió a la enfermería del centro comercial en busca de ayuda. La enfermera de

guardia le tomó la tensión y constató que estaba muy alta. Alarmada, insistió en que Michelle subiera inmediatamente a una ambulancia para ir al hospital. Pero como necesitaba recoger algunas cosas en casa, decidió volver en coche hasta allí y sólo entonces acudir a urgencias.

En el hospital confirmaron que su presión arterial estaba muy elevada, pero no lograron identificar la causa. Estabilizaron su estado con medicación y Michelle pudo hablar con el médico para conocer su opinión al respecto. Éste no disponía de datos suficientes, pero creía que se trataba de un posible inicio de infarto.



Reproducción

Por la intercesión de Dña. Lucilia, Michelle obtuvo lo que la medicina no pudo ni realizar ni explicar

Michelle Cavalheiro junto a su esposo e hijos

Inexplicable mejoría

Tras recibir la medicación adecuada, Michelle pasó bien el resto del día y regresó a casa. El domingo también fue muy tranquilo, pero el lunes reapareció el malestar, lo que la obligó a solicitar ayuda en un centro de atención primaria cercano a su domicilio. Los análisis de sangre revelaron alteraciones preocupantes, por lo que Michelle fue derivada a la maternidad de Santana de Parnaíba. Continúa el relato:

«Le pedí a mi esposo que se llevara a los niños a casa para cuidar de ellos y así, si fuera necesario, volviera al hospital. Mientras estaba sola esperando la ambulancia, me quedé muy angustiada, y me sentía muy mal por todo lo que estaba pasando. Entonces me acordé de Dña. Lucilia y le dije: "Usted es madre y entiende lo que está ocurriendo: tengo miedo a dejar a los niños sin el apoyo que necesitan. Vea mi preocupación por ellos y por mí misma, cuide de mi salud…".

»Empecé a rezarle a Dña. Lucilia, pidiéndole una y otra vez, suplicándole que me ayudara. Durante el trayecto en ambulancia hasta llegar a la maternidad de Santana de Parnaíba, fui rezando el rosario y pidiéndole una y otra vez su intercesión».

Siguiendo los protocolos del hospital, Michelle tuvo que esperar un tiempo para ser atendida. Finalmente, cuando fue examinada, la doctora no encontró rastro del malestar que la había aquejado. Asombrada, le comentó a su paciente: «¡Es inexplicable lo que le ha pasado! Todo está en orden… Su salud está bien; todo está controlado: la tensión, el corazón… El bebé también está muy bien… ¡No sé cómo explicarlo!».

Pero para Michelle todo estaba claro: «En ese momento pensé: "¡Claro que se puede explicar! ¡Nuestra Señora y Dña. Lucilia me han ayudado!"».

El resto del embarazo transcurrió sin complicaciones y João nació en excelentes condiciones.

Una prueba de fe

Para confirmar una vez más que el auxilio de Dña. Lucilia nunca falla, Michelle nos cuenta otra gracia obtenida por su intercesión:

«Un caso más reciente fue el de una operación a la que me sometí para recolocar el intestino, ya que padecía una diástasis muy profunda y tenía varias hernias; la única solución era esa operación».

El camino para conseguir dicha intervención fue arduo, pero, gracias a la ayuda de Dña. Lucilia, la operación pudo realizarse. Sin embargo, durante la recuperación, Michelle tuvo un problema con la cicatrización de la incisión y una zona del abdomen empezó a necrosarse. La médica que la trataba se mostró muy preocupada y le recetó varios medicamentos y apósitos. Michelle explica:

«Esa noche me sentí muy desconcertada, decepcionada y triste por la situación. Le pedí ayuda a Dña. Lucilia, diciendo: "¡Mañana esta herida estará bien, porque Dña. Lucilia me va a ayudar!". Fue una afirmación muy firme, llena de convicción: "¡Estoy segura de que mañana mi piel estará sana! ¡Doña Lucilia no permitirá que se necrose!". Me hice la cura y me fui a dormir. Pero al día siguiente ya estaba un poco preocupada; la seguridad del día anterior, aquella fe, se había tambaleado… "¿Estará bien ahora?"».

Una vez más, Michelle comprobó que su oración no había sido en vano:

«Cuando me quité el apósito, ¡la herida estaba limpia! ¡Ya se había formado una costra sana! Para mí, ésta es una de las mayores pruebas de la intercesión de Dña. Lucilia en mi vida: ¡qué rápida es para interceder y cómo

no deja nunca de atender a sus hijos espirituales!».

Complicaciones y dramas en el hospital

Consolar a los que sufren, aliviar sus dolores y ampararlos en sus necesidades son cometidos que Dña. Lucilia sabe desempeñar a la perfección.

Desde Lauro de Freitas (Brasil), Edilene Oliveira Soares nos envió un conmovedor relato de la intervención de Dña. Lucilia en su vida, poco después de una dura prueba.

Su esposo había sufrido una perforación intestinal durante un procedimiento médico, lo que desencadenó una terrible sucesión de padecimientos y contrariedades a lo largo de sesenta días de hospitalización.

Para Edilene, fueron momentos muy difíciles, en los que recibió el apoyo y el consuelo de su hermana, Juliana, muy devota de Dña. Lucilia. Por medio de ella, Edilene conoció a Dña. Lucilia y la tomó como intercesora en el caso de su esposo. Estas son sus palabras:

«Un día que llamé a mi hermana, me habló de Dña. Lucilia. Ni siquiera sabía que existía, la verdad. Mi hermana me contó que había encendido una vela pidiéndole a Dña. Lucilia que se hiciera cargo de todo, curara a mi marido y cuidara también de él y de mí».

La situación empeoraba cada vez más y el estado de salud de su marido era desolador. Algunas intervenciones quirúrgicas no tuvieron el éxito esperado y un brote infeccioso muy grave comprometió su recuperación, provocándole un cuadro convulsivo que lo llevó a permanecer ingresado veinte días en la UCI.

Tras su traslado de un hospital a otro, se hicieron necesarios nuevos procedimientos, pero el organismo de su esposo no respondía. Ni siquiera fue posible colocarle una sonda de alimentación. Su marido creía que no resistiría tanto sufrimiento, y Edilene, que lo acompañaba fielmente, se hallaba abatida y exhausta.

He aquí cómo nos cuenta ese drama: «A pesar de la fe que tengo, en algunos momentos pensé que él no lo soportaría, incluso por su edad. Pero se lo pedí mucho a Dios, a Nuestra Señora de Fátima, y también me acordaba de rezarle a Dña. Lucilia. ¡Merced a tantas gracias y bendiciones, se recuperó lo suficiente para que los médicos decidieran darle el alta!».



Para Edilene, el consuelo y el cariño que recibió de Dña. Lucilia fueron la señal de que esta buenísima madre siempre estaría a su lado

Edilene Oliveira Soares

«Estoy contigo…»

Durante la primera semana después de que ambos regresaran a casa, Edilene tuvo un sueño muy peculiar:

«Veía a una señora. Lloraba mucho con ella, como si mi esposo hubiera fallecido. Pero ella me consolaba diciéndome que aún no era el momento, pues su hora no había llegado. A primera vista, creí que aquella señora era mi abuela. Y me asusté, porque no sabía si estaba dormida o despierta… De repente, sentí que alguien me acariciaba la cabeza, las manos y los brazos con mucho cariño.

»Al despertar, miré a mi lado y vi a esa misma señora, de cabellos blancos, un poco parecida a mi abuela. Al verla, le pregunté: "Abuela, ¿eres tú?". Ella respondió: "No, no soy tu abuela, pero he estado y estoy contigo en todo momento". Fue entonces cuando me di cuenta de que se trataba de Dña. Lucilia, ¡precisamente aquella señora de la que mi hermana me había hablado e incluso me había enviado una foto! ¡Era ella!».

Feliz y asombrada de tenerla a su lado, Edilene se incorporó en la cama para verla mejor, pero en ese instante Dña. Lucilia desapareció…

Así concluye su relato: «Después de esta visión lloré mucho, pues la vi muy claramente a mi lado, acariciándome los brazos y pasando su mano por mi rostro y mi cabeza, bendiciéndome y diciéndome que había estado y estaría conmigo».

No hay mejor remedio para un corazón afligido que el consuelo y el cariño de una madre. Para Edilene, esta experiencia con Dña. Lucilia, tras una larga y dolorosa prueba, fue la señal de que las nubes oscuras finalmente se disipaban y que Dña. Lucilia, desde la eternidad, cuidaría de ella como la más tierna de las madres.

Que estos sencillos testimonios nos ayuden a crecer en confianza y devoción para con Dña. Lucilia, seguros de que también será para nosotros una gran intercesora, una médica y una buenísima madre.

... que el nombre «Eva» no fue elegido al azar?

Quizá cierta perplejidad ya haya asaltado al lector al encontrarse con este pasaje del Génesis: «Adán llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven» (3, 20). Al fin y al cabo, ¿qué relación hay entre «ser la madre de todos los que viven» y el nombre «Eva»?

En la cultura occidental, la elección de un nombre suele responder a diversos deseos: honrar a un antepasado, seguir una moda o simplemente satisfacer el gusto por una determinada sonoridad. Sin embargo, en las tradiciones orientales aún hoy se conserva la costumbre de designar a los nuevos miembros de la familia con un nombre simbólico, como *Cisne* o *Muralla*, expresión de las esperanzas depositadas por los padres en esa alma.

Esta práctica prevalecía en tiempos bíblicos, como se aprecia en el pasaje del Génesis citado anteriormente. *Eva*, en hebreo *Hawwah*, significa *vida*. El versículo podría, pues, leerse así: «Adán llamó a su mujer Vida», indicando su misión como madre. En la versión griega de los Setenta, el significado se conservó al traducir *Eva* por ζωή, *vida*. En cambio, en la Vulgata latina el nombre fue simplemente transliterado del hebreo, lo que dio lugar a versiones similares en lenguas romances y otras lenguas modernas.

Al salir del Paraíso, Adán parecía recordarle a su esposa que, en el duro exilio, la alianza divina permanecía *viva* en la promesa de una descendencia. Más que causa de la muerte, ella era, en los designios divinos, *Eva*: prefiguración de aquella que sería llamada la *Nueva Eva*, María, a quien correspondería engendrar a la humanidad para la verdadera Vida.



Reproducción

María, Nueva Eva - Iglesia de la Inmaculada Concepción, Montreal (Canadá)

... que los muertos pueden ser ayudados por los vivos?

La caridad es el vínculo que une a los miembros de la Iglesia y, como proclamó el Apóstol, «el amor no pasa nunca» (1 Cor 13, 8), pues «ni muerte, ni vida, […] ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús» (Rom 8, 38-39). Esto se verifica de manera especial en relación con quienes ya han pasado de esta vida a la otra, ya que, en cierto modo, permanecen siempre vivos en la memoria de sus más íntimos (cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Supl., q. 71, a. 2).

Por esta razón, también aquellos que se purifican en el fuego del Purgatorio pueden beneficiarse del auxilio de los vivos. ¿Cómo? Según Santo Tomás (cf. *ibid.*, a. 9), son tres las obras que más benefician a los fallecidos, por estar íntimamente vinculadas a la comunicación de la virtud de la caridad.

En primer lugar, la sagrada eucaristía, sacramento de la unión que contiene a Aquel en quien toda la Iglesia se consolida. Por eso es importante encargar misas por los difuntos. La limosna también cumple su función por ser un efecto de la caridad. Por último, la oración posee un valor primordial, porque implica una relación más directa con aquel por quien se reza.



Beneficios de la misa para la Iglesia militante y para la Iglesia purgante - Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Montevideo

En resumen, el sufragio ofrecido por los vivos no transforma el estado de desdicha de los muertos en bienaventuranza, sino que contribuye, ante todo, a mitigar la pena expiatoria, en virtud de la caridad y de la intención dirigida hacia ellos.

No perdamos, pues, la ocasión de ayudar a las almas de los que nos han precedido, teniendo presente esta verdad indiscutible: un día también nosotros dependeremos del socorro de los miembros de la Iglesia militante que, por la caridad y la comunión de los santos, están unidos a la Iglesia purgante.



Fotos: Frank Murphy

Canadá – El 6 de septiembre, la casa de los Heraldos del Evangelio de Toronto acogió a los miembros del Apostolado del Oratorio «María, Reina de los Corazones» para un nuevo encuentro anual. Hubo una procesión por la propiedad, con el rezo del rosario, y la celebración de la santa misa, seguida de un momento de convivencia.





Fotos: Aída Linares

Cristiane Marques

Guatemala – Llevando consuelo y esperanza, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó el 20 de agosto el Hospital General de Accidentes Ceibal, de Mixco (fotos 1, 2 y 3), y el 4 de septiembre la residencia geriátrica Day & Night (fotos 4 y 5), de Ciudad de Guatemala. El 24 de septiembre, el Colegio Villa de las Niñas, también de la capital, acogió a la Reina del Cielo. En esa ocasión, ciento setenta alumnas se consagraron a Jesús por las manos de María, según el método de San Luis María Grignion de Montfort (foto 6).





Fotos: Javier García







Jesse Arce

Colombia – Sacerdotes de diversas diócesis e institutos religiosos del país se congregaron en el complejo de la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá, para un retiro predicado por el P. Felipe de Azevedo Ramos, EP, del 22 al 24 de septiembre (foto 1). La misa de apertura fue presidida por Mons. Héctor Cubillos Peña, obispo de Zipaquirá (foto 2). Durante ese mes, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó diversas comunidades de la diócesis de Palmira, entre ellas la parroquia de la Sagrada Familia, de esa misma ciudad (foto 3), y la parroquia de la Inmaculada Concepción, de Pradera (foto 4). El 18 de septiembre, el concierto «Un viaje de la oración a la esperanza» reunió, en la mencionada iglesia de Nuestra Señora de Fátima, a la Orquesta Sinfónica Nacional y al Coro Nacional de Colombia, a los que se unió la Schola Cantorum de la Virgen de Fátima en las piezas finales (foto 5).







Fotos: Aldo Leone

Sudáfrica – La imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María derramó sus bendiciones sobre el área metropolitana de Johannesburgo, visitando diversos hogares de Germiston, Lenasia y Florida (fotos 1 y 2), así como la parroquia de San Benito, de Sebokeng (foto 3).


Ivo Criollo


Álvaro Rivera


José Cali

Ecuador – El 15 de agosto, los fieles de las parroquias de María Reina (foto 1) y de San Andrés (foto 2), ambas de Guayaquil, honraron la Asunción de María a los Cielos con el rezo del rosario de la aurora. Días después, la Santísima Virgen también recibió las manifestaciones de devoción de sus hijos de la parroquia de Nuestra Señora de la Unidad, de la misma ciudad, con ocasión del 25.º aniversario del Apostolado del Oratorio «María, Reina de los Corazones» (foto 3).


Preentham D'Silva


Santiago Parodi


Rosana González


Fotos: Francisco Espínola


Federico Monzón



Paraguay – Miembros de los Heraldos presentes en el país animaron las fiestas patronales de la parroquia de Nuestra Señora de la Natividad, de Quyquyhó, el 6 de septiembre (foto 1), y de la Granja Penitenciaria Ko'e Pyahu, de Asunción, el 24 de septiembre (foto 2). Una bendecida misión mariana tuvo lugar en la parroquia del Santísimo Sacramento de la Recoleta, también de la capital, los días 29 y 30 de agosto (fotos 3 a 6).







Fotos: Elyton de Araújo

Eduardo Injoque







Mary Carmen González

Fotos: Marta Lucilia Sousa

Brasil – Del 21 al 24 de septiembre, el P. Carlos Javier Werner Benjumea, EP, predicó el retiro anual del clero de la diócesis de Bragança Paulista, celebrado en el monasterio de Itaici, de Indaiatuba, con la presencia de Mons. Sérgio Aparecido Colombo y más de ochenta sacerdotes (fotos 1 y 2). Días después, en la fiesta de los tres Arcángeles, la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias se consagró a San Miguel durante la santa misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras (foto 3). También en ese período, los fieles de la capilla de Santa Inés, de la misma parroquia, recibieron en sus casas y comercios la visita de la imagen de la Santísima Virgen (fotos 4 a 6).





Jano Aracena

Perú – El 12 de septiembre, la parroquia de Nuestra Señora del Carmen de la ciudad de Pimentel, diócesis de Chiclayo, recibió a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María. En esa ocasión, muchos fieles pudieron consagrarse como esclavos de amor a María Santísima, según el método de San Luis Grignion de Montfort.

Peregrinando por las basílicas romanas

Viajemos juntos, querido lector, a la ciudad de los mártires y dejémonos cautivar por los esplendores de la Esposa Mística de Cristo manifestados en sus templos.



Sara María Gutiérrez Fernández

«¡Qué alegría cuando me dijeron: "Vamos a la casa del Señor"!» (Sal 121, 1). Estas palabras, pronunciadas por el salmista acerca de Jerusalén, sede del culto religioso en el Antiguo Testamento, se aplican a una de las costumbres más tradicionales del cristianismo: la peregrinación.

Nacida de la devoción de los fieles a los santuarios y lugares sagrados, la peregrinación constituye un acto de piedad muy valioso, realizado en expiación de una culpa, para implorar gracias especiales o en cumplimiento de algún voto. Las más antiguas se dirigían, en general, a Tierra Santa, donde Nuestro Señor Jesucristo vivió, murió y resucitó para nuestra salvación. Con la expansión de la fe y la construcción de iglesias por todo el mundo, comenzaron a visitarse otros lugares, entre los que destacó la capital romana, ciudad del sucesor de Pedro y depositaria de las reliquias de los Apóstoles, que se convirtió en uno de los destinos más concurridos, con gran fruto espiritual para todo el Cuerpo Místico de Cristo.[1]

Ahora bien, la larga e intensa tradición de peregrinar a la Ciudad Eterna, que acabó otorgando a los peregrinos el nombre de romeros,[2] se enriqueció en el siglo XVI con la colaboración de San Felipe Neri, famoso entre sus contemporáneos por su contagiosa alegría al servicio de Dios y de las almas. Este santo inauguró un itinerario conocido como *visita a las siete iglesias*, que recorre las basílicas más importantes de Roma en una larga caminata, intercalada con meditaciones sobre la Pasión de Cristo y agradables refrigerios.

¿Le gustaría, querido lector, conocer algo de estos históricos y benditos templos romanos y participar de alguna manera de las gracias propias de las peregrinaciones? Le invito a emprender, en estas líneas, un viaje a la tierra de los mártires. Como el espíritu está libre de las limitaciones de la distancia y el tiempo para volar adonde desee, llevemos a cabo juntos el recorrido popularizado por San Felipe Neri.



Przemek Pietrak (CC by-sa 3.0)

Apreciemos, en la basílica de San Pedro, la magnificencia de la Esposa Mística de Cristo

Baldaquino sobre el altar de la Confesión - Basílica de San Pedro

Belleza deslumbrante y acogedora

Para empezar, vayamos hacia la basílica de San Pedro, edificada en el mismo sitio donde, en el año 64 d. C., el primer pontífice fue crucificado cabeza abajo, porque no se consideraba digno de morir como Nuestro Señor.

Se cuenta que, en torno al año 80, el papa Anacleto mandó levantar una pequeña capilla sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles, sustituida en el siglo IV por una gran basílica erigida por el emperador Constantino y su madre, Santa Elena. Ya entre los siglos XV y XVII, esta segunda construcción paleocristiana dio paso al templo renacentista que hoy contemplamos, cuyo cuarto centenario de dedicación se conmemora el 18 de noviembre de este año. Es

Sumario



Thaler Tamas (CC by-sa 4.0)

NikonZ7II (CC by-sa 4.0)

La basílica de San Pablo cautiva por los imponderables del espíritu del ardoroso heraldo de Cristo; la basílica de San Sebastián tiene en sus cimientos las bendiciones de su patrono

Nave central de la basílica de San Pablo Extramuros; destacada, la fachada de la basílica de San Sebastián Extramuros

el templo católico de mayor superficie interior: 15.160 metros cuadrados.

Atravesemos la inmensa plaza, presidida por el obelisco —un monolito de granito rojo de más de veinticinco metros de altura, procedente de Egipto, que funciona como reloj de sol— y circundada por la columnata de Bernini, que evoca las llaves del Cielo y de la tierra confiadas por el divino Redentor al jefe de la Iglesia (cf. Mt 16, 18-19). Entremos en el santuario, apreciando la magnificencia de la Esposa Mística de Cristo reflejada en sus proporciones y en sus mosaicos, imágenes, tapices y piedras…

En lo alto de sus paredes, observamos una franja dorada que recorre todo el perímetro de la basílica, con pasajes de las Escrituras relacionados con el apóstol Pedro, escritos en latín y griego.

Al llegar ante el altar de la Confesión, que destaca por el grandioso baldaquino central, recemos unos instantes. Las reliquias más valiosas presentes en esta basílica se encuentran en los cuatro nichos de las paredes que lo rodean. Entre ellas se cuentan un fragmento de la santa cruz, hallada por Santa Elena, el velo de la Verónica y la lanza de San Longino.

Bajo el altar papal, en la zona de la necrópolis vaticana, podemos venerar las reliquias de San Pedro, a las que dedicamos un momento de profunda devoción antes de seguir nuestro camino.

De vuelta en la planta superior, al alzar la vista, descubrimos, al fondo, el vitral del divino Paráclito y, debajo, la auténtica cátedra del primer Papa, sostenida por cuatro imágenes de bronce que representan a San Agustín, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo y San Atanasio.

Un grato encuentro con el Apóstol de las gentes

Continuemos nuestra peregrinación rumbo a la basílica de San Pablo Extramuros.

Antes de conocer este segundo templo, cabe señalar que, una vez más, no estamos ante el edificio original, erigido por orden de Constantino y consagrado por el papa San Silvestre I alrededor del año 330. Tras un devastador incendio en 1823, la basílica tuvo que ser reconstruida. Sin embargo, el nuevo edificio, que conserva intactos los restos mortales del Apóstol de las gentes, cautiva a visitantes de todo el mundo con sus imponderables suaves y majestuosos, y sin duda nos transmitirá algo del espíritu del ardoroso heraldo de Cristo.

Avancemos, pues, por el atrio que precede a la entrada, en cuyo centro se alza una imagen de San Pablo. Porte majestuoso, mirada recogida, espada en mano: su figura denota, al mismo tiempo, piedad y combatividad, mansedumbre y audacia, castidad e intransigencia, virtudes armónicas que toda alma bautizada debe admirar. Esa impresión, por cierto, se acentúa cuando, al entrar en el santuario, el peregrino se acerca al baldaquino, de estilo gótico, que cubre el altar mayor. Éste indica el lugar más sagrado de la basílica: la tumba del Apóstol de las naciones.

En este punto de nuestra peregrinación, San Pablo está dispuesto a atender todas nuestras súplicas. Elevémoslas con confianza.

Venerando las reliquias de un soldado de Cristo

Retomando nuestro recorrido, caminemos un poco por la vía Apia, una de las principales calzadas que conducían a la capital del antiguo Imperio romano.

Seguimos los pasos de Pedro cuando, temeroso, decidió huir de la Ciudad Eterna para evitar la muerte. A mitad de camino, se le apareció el divino Maestro y, cuando el apóstol le preguntó adónde iba, respondió: «Voy a Roma para ser crucificado de nuevo». Fortalecido por esta visión, el pontífice se arrepintió y regresó a la Urbe, dispuesto a entregar su vida por el Redentor.

Junto a la vía, un poco más adelante, se encuentra la catacumba de San Se-



NateBergin (CC by 4.0)



Vlad Lesnov (CC by 3.0)

La basílica de San Juan de Letrán, el templo católico más antiguo de Roma, es la madre de todas las iglesias; en la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén encontramos tesoros inestimables de la Pasión de Cristo

A la izquierda, fachada de la basílica de San Juan de Letrán; a la derecha, altar mayor de la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén

bastián, un soldado romano cristiano, martirizado por orden del emperador Diocleciano a finales del siglo III. Sobre ese cementerio subterráneo, que recibió los restos mortales del santo mártir, se alza la basílica dedicada a él, donde veneramos algunos de los instrumentos utilizados en su martirio: una flecha que le atravesó el cuerpo y un fragmento de la columna a la que fue atado.

Madre de todas las iglesias

Nuestro próximo destino es la basílica de San Juan de Letrán, el templo católico más antiguo de Roma, considerado por ello la *madre de todas las iglesias*.

Construida en un terreno que en su día perteneció a la familia Laterani —nombre del que deriva el epíteto de Letrán—, la catedral de Roma que ahora visitamos, junto con los edificios que la rodean, fue residencia del Papa y de la curia, así como sede de cinco concilios ecuménicos.

Este precioso santuario atesora los cráneos de los santos Pedro y Pablo, además de un altar de madera, conservado dentro del altar mayor, sobre el cual, según narra la tradición, estos dos grandes apóstoles celebraron el santo sacrificio. Por lo tanto, querido peregrino, ésta es una basílica propicia para pedir un aumento de fe y de piedad eucarística. De rodillas ante estos tesoros de la cristiandad, elevemos al Cielo nuestras oraciones.

Santuario de la Cruz

Avanzando un poco más, visitemos la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, que conserva varias reliquias de la Pasión del Salvador como fragmentos del santo leño, uno de los clavos que perforaron los miembros de Jesús, la sagrada esponja con la que se le dio a beber el vinagre y parte del *titulus crucis*, el letrero colocado sobre el madero con la inscripción INRI —*Iesus Nazarenus Rex Iudæorum*—.

Todas estas reliquias se encuentran en una capilla situada al fondo de la basílica, llamada Santuario de la Cruz. A su entrada, antes de acercarnos a los instrumentos de la Pasión, veneremos también un fragmento de la cruz de San Dimas, el buen ladrón, un excelente intercesor que puede obtenernos del divino Cordero el completo arrepentimiento de nuestros pecados y el don supremo de la salvación eterna.

Para concluir la visita, recorramos el resto del templo y sigamos a través de las pinturas que lo adornan la historia del descubrimiento del santo leño por Santa Elena. Realizadas en el siglo XV, esas obras de arte representan escenas como el hallazgo de la reliquia sagrada en las excavaciones y la resurrección de un joven cuyo cadáver había sido colocado sobre ella.

Basílica de un héroe de la fe

Cerca del final de nuestro recorrido, detengámonos ante una columna coronada por una imagen de San Lorenzo. La escultura señala nuestra llegada a la basílica patriarcal de San Lorenzo Extramuros, donde descansan las reliquias del santo diácono, cruelmente martirizado en una parrilla el 10 de agosto del 258.

Cuenta la tradición que, en cierto momento del suplicio, Lorenzo le dijo al verdugo: «Ya estoy bien asado por

esta parte, dadme la vuelta».[3] Un grito heroico, sin duda, de un alma que llevó el amor a Jesucristo hasta sus últimas consecuencias.

Que este héroe de la fe nos obtenga de Dios la gracia de imitar sus virtudes al servicio de la Santa Iglesia.

Junto a María y el Niño Jesús

Nuestra peregrinación culmina, finalmente, en la basílica de Santa María la Mayor, la primera iglesia mariana de la cristiandad.

Levantado en el lugar elegido por la propia Madre de Dios —revelado en sueños al papa Liberio y a un rico senador llamado Juan, una noche de agosto del siglo IV—, ese templo posee una gracia especial. Nuestra Señora les pidió a estos dos varones que construyeran una iglesia en su honor en el terreno donde nevara aquella noche, en pleno verano romano… Al día siguiente, el sitio elegido por la Virgen estaba completamente cubierto de nieve. Este milagro, por cierto, está representado en los valiosos mosaicos que podemos admirar a través de los arcos de la galería.

Descendamos por la escalinata junto al altar mayor, hasta la cripta del Sagrado Pesebre. Aquí, en el corazón de la basílica, veneremos las tablas del pesebre de Jesús y saboreemos un poco de la presencia y la dulzura del divino Infante, rogándole que nos bendiga al final de esta peregrinación.

Pero, antes de salir, pasemos por la capilla Paulina, en la nave lateral izquierda, donde se encuentra un precioso icono de la Santísima Virgen, atribuido a San Lucas Evangelista: *Salus Populi Romani*, la puerta de la salvación no sólo para el pueblo romano, sino para el mundo entero.

En la diversidad de los templos, un solo espíritu

Mientras nuestro espíritu regresa, con añoranza, a las labores de la vida cotidiana, hagamos una última meditación sobre todo lo que hemos considerado a lo largo de estas líneas.

La Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, como comenta el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, es «un alma inmensa, que se expresa a través de mil cosas, que tiene movimientos, grandezas, santidades y perfecciones, como si fuera una sola alma que se expresara a través de todas las iglesias católicas del mundo».[4] Y, en nuestra peregrinación, contemplamos una suerte de álbum de fotos que nos permitió ver con mayor nitidez la santidad, la grandeza y la magnificencia de la Esposa Mística de Cristo, de quien somos hijos.

Ahora bien, si somos hijos de la Iglesia, debemos estar siempre imbuidos de su espíritu, que se traduce especialmente en la seriedad ante las luchas de la vida terrenal, en la constante elevación del pensamiento, en la práctica de la justicia, que consiste en dar a cada uno su debido valor, y en la sabiduría, que nos lleva a considerar todo desde la perspectiva de la voluntad divina.

Ojalá que, por las oraciones de María Santísima, asimilemos este espíritu de tal manera que, al final de nuestra peregrinación en este mundo, podamos exclamar, parafraseando a San Pablo: «No soy yo el que vive, es el Cuerpo Místico de Cristo quien vive en mí» (cf. Gál 2, 20).

---

[1] Cf. Vicchi, Roberta. *Las basílicas mayores de Roma*. Florencia: Scala, 1999, pp. 5-6.

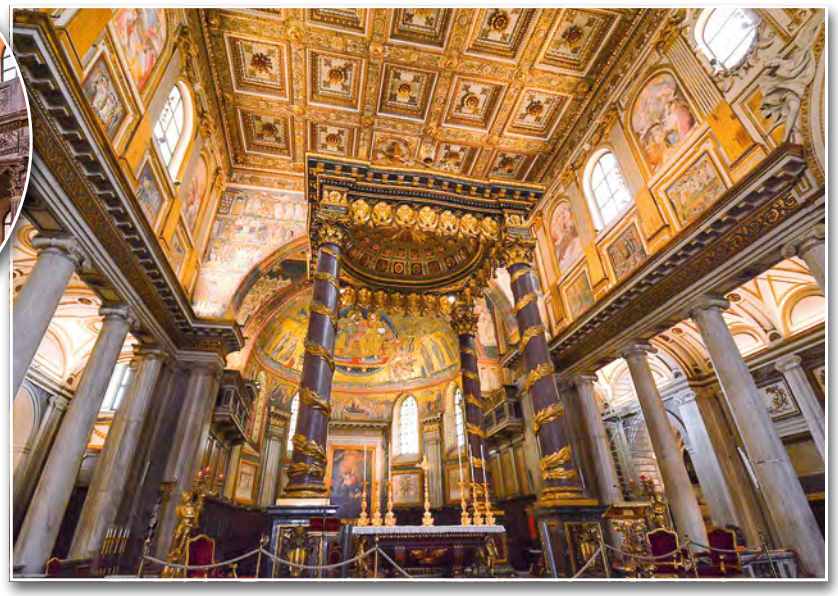
[2] Cf. *ibid.*, p. 6.

[3] Lanzi, Fernando; Lanzi, Gioia. *Atlas de las peregrinaciones. Santuarios cristianos del mundo.* Madrid: San Pablo, 2005, p. 80.

[4] Corrêa de Oliveira, Plinio. «Amor à Igreja». *In*: *Dr. Plinio.* São Paulo. Año II. N.º 15 (jun, 1999), p. 21.



NateBergin (CC by 4.0)



Mentnafunangann (CC by-sa 4.0)

En la basílica de San Lorenzo alabamos al célebre mártir; en Santa María la Mayor, a la Puerta de la Salvación para el mundo entero

Arriba, interior de la basílica de San Lorenzo Extramuros; a la derecha, altar mayor de la basílica de Santa María la Mayor

La riqueza de los pobres

¿No sería mejor arrancar el oro de esta iglesia para transformarlo en víveres para los necesitados? San Francisco de Asís responde.



Ángelo Francisco Neto Martins

Al contemplar las fotografías que ilustran estas páginas, enseguida nos asalta la idea de una magnificencia exuberante y casi excesiva. ¡Diríamos incluso que estamos ante una guerra civil de colores!

El azul ha trepado hasta el techo y se ha adueñado de esa posición. Pero nervaduras policromadas y estrellas doradas se rebelan, abriendo en él numerosas brechas. Más adelante, el color del cielo se bate en retirada ante el oro de enormes medallones con figuras sagradas.

En las paredes, las columnas no se conforman con un solo tono y crean una peligrosa mezcla de añil y rojo. Por su parte, los frescos, de lado a lado, de arriba abajo, se disputan cada metro cuadrado y parecen empeñados en un concurso por ser, cada cual, el más vivo. Si no se eclipsan mutuamente es porque todos son pinturas de Giotto, uno de los más grandes artistas de la historia. Los colores, inquietos, se desbordan de las piedras e invaden las ventanas: son los vitrales, que rivalizan con las paredes y realzan su esplendor.

Todo este fragor colorido se convertiría, de hecho, en una guerra civil si la anchura de la nave y la altura de las ojivas no abrieran un claro lo suficientemente espacioso como para albergar, en fraternal convivencia, tanta pintura y belleza.

* * *

Tal despliegue nos revela una verdad: quien levantó esta iglesia buscó construir un peldaño hacia el Cielo.

Pero… ¿y los pobres? ¿No sería mejor arrancar el oro del edificio para transformarlo en víveres para los necesitados? ¿Por qué no convertir esas piedras en pan para el hambriento?

Al tentador, que le había hecho una propuesta similar, Nuestro Señor Jesucristo le respondió que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4). Y de la boca de Dios procede tanto la Revelación plasmada en la Biblia como la condensada en las criaturas.

En efecto, la creación es un libro que habla de su Artífice. Las criaturas son otras tantas palabras del Todopoderoso y, por muy mudas que sean, ellas proclaman la gloria de Dios (cf. Sal 18, 2). Por eso, San Francisco de Asís invitaba al universo material a honrar al Invisible: «Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente el señor hermano Sol, el cual […] de ti, Altísimo, lleva significación».[1]

Y, siendo así la creación un compendio de metáforas de Dios, el Poverello ordenó a sus hijos mendicantes que construyeran las iglesias y adornaran el culto de la misma manera que el Eterno creó el universo: con belleza, magnificencia y desmesura.

El espacio sagrado se convertiría en un espejo de la Belleza increada y en un sagrario digno de la Eucaristía: «Si en algún lugar —escribía el Santo de Asís— el santísimo cuerpo del Señor está colocado muy pobremente, sea puesto y custodiado, según el mandato de la Iglesia, en sitio precioso, y sea llevado con gran veneración».[2] Por eso, pedía «que sean preciosos los cálices, corporales, ornamentos del altar y todo lo que sirve para el sacrificio».[3]

Mandaba, en suma, que se imitara el modelo ya establecido por Dios: la Jerusalén celestial, de la cual se dice que «su resplandor era semejante a una piedra muy preciosa, como piedra de jaspe cristalino» (Ap 21, 11).

¡Honor y mérito a los franciscanos que escucharon a su padre y levantaron este templo! No se tomaron el trabajo

Gustavo Kralj



Basílica de San Francisco de Asís (Italia)

—insensato, por cierto— de darle al indigente lo único que no necesita: un lugar miserable. Eso ya le sobra en casa…

Por el contrario, construyeron una iglesia rica para los pobres.

* * *

¡Sí, para los pobres! Ante todo, para aquel que se convirtió en el pobre por antonomasia, San Francisco, cuyo cuerpo reposa en su hogar, en esa basílica de Asís. Y, junto a él, hay sitio para todos los demás.

Pues la iglesia es el palacio del Rey de reyes, abierto tanto al más noble de los príncipes como al más pobre de los indigentes. Acoge a todos los fieles, pequeños y grandes. Pero —subrayémoslo— es un palacio, porque constituye un ámbito destinado a hablar del Cielo y privilegiado para entrar en contacto con Dios.

---

[1] San Francisco de Asís. «Cántico de las criaturas». *In*: Guerra, José Antonio (ed.). *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*. 7.ª ed. Madrid: BAC, 1998, p. 49.

[2] *Idem*. «Primera carta a los custodios». *In*: Guerra, *op. cit.*, p. 69.

[3] *Ibid*.



Cristo bendiciendo - Sainte-Chapelle, París

Lucio César Rodrigues

El Reino de Cristo en las almas

No ha habido, ni habrá jamás un solo monarca dotado de la capacidad de gobernar el interior de los hombres, además de conducirlos debidamente en la armonía de sus relaciones sociales, sus empresas, etc. El único Rey plenísimo de todos los poderes es Cristo Jesús.

A través del Evangelio y, sobre todo, al erigir la Santa Iglesia, maestra infalible de la verdad teológica y moral, Jesús perpetúa hasta el fin de los tiempos el imperecedero tesoro doctrinal de la fe. Por medio de esta magna institución, orienta, sostiene y santifica a todos los que ingresan en ella, y sale en busca de las ovejas descarriadas. Aquí precisamente se encuentra lo principal de su gobierno en este mundo: el Reino sobrenatural que se realiza, en su esencia, mediante la gracia y la santidad.

Es por la gracia como nuestra alma se transforma en un verdadero trono y, al mismo tiempo, cetro de Nuestro Señor Jesucristo. Y es en esta paz y armonía donde se halla nuestra auténtica felicidad, y ése es el Reino de Cristo en nuestro interior.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP